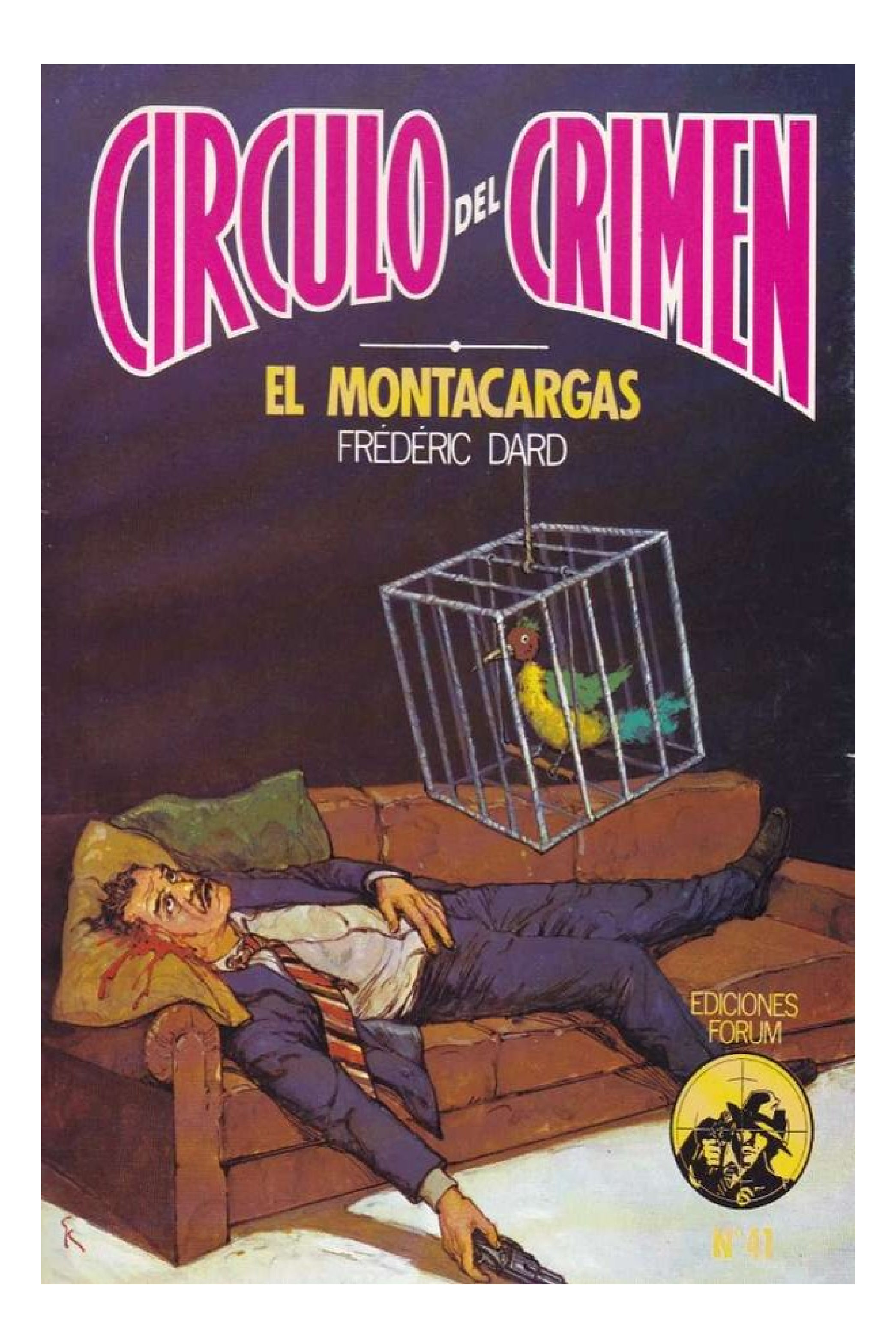

CIRCULO DEL CRIMEN
EL MONTACARGAS
FRÉDÉRIC DARD
EDICIONES FORUM
Nº 41

Frédéric Dard

EL MONTACARGAS

Círculo del Crimen Nº 41

ePub r1.1

Rutherford/Rbear 25.02.16

Título original: *Le monte-charge*
Frédéric Dard, 1961
Traducción: Teresa Recio
Forum: 1983
ePub base r1.2

Editor digital: *Rutherford/Rbear* (25/02/16) (r1.0)

Revisión de *dino51bd* (27/02/16) (r1.1)
Cotejado con la versión impresa de: *Fórum (Círculo del Crimen), 1983*.
Corrección sistemática (o sea, *deberían* estar bien) de: índice, notas y párrafos (integridad, separaciones entre ellos y formato).
Corrección no sistemática (es decir, lo que me ha *saltado a la vista* al controlar los párrafos: es previsible que se mantengan errores) de: cursivas, negritas y erratas tipográficas.
Correcciones adicionales: añadidas ocho líneas (Cap. 3 y 4) que faltaban.

1

EL ENCUENTRO

¿Hasta qué edad un hombre se siente huérfano cuando pierde a su madre?

Al volver a entrar, después de seis años de ausencia, en el apartamento en el que mi madre había muerto, me ha parecido que me pasaban alrededor del pecho un inmenso nudo corredizo y que lo apretaban sin piedad.

Me he sentado en el viejo sillón, que ella escogía siempre para acomodarse, cerca de la ventana, y he sentido a mi alrededor ese silencio, ese olor y esos viejos objetos que me observaban. Percibía la existencia de aquel silencio y de aquellos olores con más fuerza que el papel amarillento que cubría las paredes.

Mi madre había muerto cuatro años antes, y yo me enteré de su funeral al mismo tiempo que de su muerte. Durante esos cuatro años había pensado mucho en ella, pero la había llorado con mesura. Y he aquí que, de repente, al franquear la puerta de nuestra vivienda, comprendía su muerte. Me llegaba con toda su fuerza.

Fuera era Navidad.

Hasta que volví a encontrarme con París con sus bulevares llenos de gente, con las tiendas decoradas e iluminadas, los conejitos electrificados de los carruseles, no me había dado cuenta.

¡Navidad!

Había sido un estúpido volviendo a nuestro hogar en un día semejante.

En su habitación flotaba un olor que yo no podía reconocer: era

el olor de su muerte. La cama estaba completamente deshecha y el colchón, que estaba enrollado, había sido envuelto en una tela vieja. Los que se habían encargado de ella, se habían olvidado de quitar el vaso de agua bendita y el ramito de boj.

Estos tristes accesorios estaban sobre el mármol de la cómoda, junto a un crucifijo de madera negra. Ya no quedaba agua en el vaso y las hojas de boj estaban amarillentas.

Cuando cogí el ramo, se le cayeron las hojas, como si fueran pequeñas pastillas de oro sobre la alfombra de la habitación.

En la pared había una fotografía mía, en un viejo marco con molduras recargadas que había contenido las condecoraciones de mi padre. La copia tenía unos diez años de antigüedad pero, no obstante, no me favorecía; parecía un joven enfermizo e inhibido, con las mejillas hundidas, la mirada oblicua, y con un gesto indefinible como solamente suelen tenerlo los muy malvados o los muy desgraciados.

Hacían falta los ojos de una madre para perdonar que aquella imagen fuera tan decepcionante y para encontrarla bella.

Yo me prefería ahora, en el momento actual. La vida me había fortalecido y ahora tenía la mirada audaz y los rasgos templados.

Sólo me quedaba visitar mi habitación.

Nada había cambiado. Tenía la cama hecha. Los libros que amaba estaban apilados sobre la chimenea, y detrás de la llave del armario, seguía estando el hombrecillo que me había entretenido en esculpir antaño en un trozo de madera de avellano.

Me tiré boca arriba en la cama. Reconocí el contacto áspero de la colcha, y el olor del buen paño de colores indelebles. Cerré los ojos y llamé, como lo hacía antaño por las mañanas, cuando reclamaba el desayuno.

—¡Mamá! ¡Venga!

Hay personas que rezan de otra manera, con frases organizadas. Yo sólo sabía decir aquello, aquella llamada tan simple, pronunciada en tono cotidiano. Durante un breve lapso de tiempo, debido a la tensión que me oprimía y al fervor que puse en ella, estuve esperando recibir una respuesta del pasado. Creo que hubiera dado, sin dudarlo, lo que me quedaba de vida por percibir, aunque sólo hubiera sido por un espacio tan breve como el de un rayo, la presencia de mi madre detrás de la puerta. Sí, nada me

hubiera importado si hubiera podido oírla preguntarme con su voz, siempre ligeramente angustiada cuando se dirigía a mí:

—¿Ya estás despierto, pequeño?

Claro que estaba despierto.

Y pasaría toda una vida hasta que volviera a dormirme.

Mi llamada se ha extinguido en el silencio del apartamento, ha vibrado y se ha prolongado lo suficiente para que me diera tiempo de sentir toda la tristeza que encerraba.

No podía pasar toda la velada aquí, era imposible. Necesitaba sumergirme en el ruido, en la luz, en el alcohol. ¡Necesitaba vivir!

En el armario encontré el abrigo de falso pelo de camello, debidamente protegido con naftalina por mamá. Hubo un tiempo en que me estaba demasiado grande, pero ahora me apretaba en la espalda.

Al ponérmelo, contemplé la ropa que tenía cuidadosamente guardada en fundas. ¡Cuánta ropa que ya no me valía! Me hablaba de mi pasado con más elocuencia que mis propios recuerdos.

Solamente ella podría decir con precisión lo que yo había sido.

Salí, o mejor dicho, hui.

La portera estaba barriendo la escalera, refunfuñando. Seguía siendo la misma vieja. Cuando yo era aún un niño, ya tenía aquel aire cansado de los que están en las últimas. Entonces me parecía terriblemente vieja, incluso más vieja que ahora. Me miró sin reconocerme. Había perdido vista y yo había cambiado.

Una especie de lluvia algo grasienta caía con intermitencia y la acera reluciente multiplicaba las luces. Las estrechas calles de Lavallois estaban rebosantes de gente alegre. Salían del trabajo cargados de paquetes para las fiestas y se apresuraban hacia los pescaderos al aire libre que arropados en gruesos jerseys de marinos abrían las canastas de ostras, bajo guirnaldas de bombillas multicolores.

Las charcuterías y las pastelerías estaban abarrotadas. Un vendedor de periódicos iba haciendo eses de una acera a otra anunciando noticias de las que todo el mundo se burlaba locamente.

Yo caminaba sin rumbo, arrastrando al azar aquel desconsuelo

que me atenazaba. Me detuve delante del estrecho escaparate de una papelería-librería-bazar. Era una de esas tiendas de barrio, donde venden un poco de todo, misales en la temporada de las primeras comuniones, petardos para el 14 de julio, artículos escolares a principio de curso, y adornos para el nacimiento en diciembre. Estas tiendas, eran toda mi juventud, y las amaba aún más ahora que estaban a punto de desaparecer.

¿Por qué experimenté tan intensamente aquel deseo de entrar y comprar cualquier cosa? ¿Sólo para sentir el placer de volver a percibir el olor y volver a encontrar sensaciones perdidas?

Había cuatro o cinco clientes apretujados en el estrecho local. La tendera tenía el aspecto de una vieja viuda. De las que llevan luto eterno.

Me alegré de que hubiera gente. Aquello me permitiría quedarme rezagado en la tienda, examinando las maravillas que tenían a precio de ganga y apartar de mi mente ciertos recuerdos de mi infancia, que aquel día, me resultaban especialmente necesarios.

El lugar parecía una gruta maravillosa en la que se habían acumulado tesoros centelleantes. Los objetos para el árbol se amontonaban en las estanterías: pájaros de cristal, papás Noel de papel, canastos llenos de frutas de algodón pintados, y todas esas bolas frágiles, como pompas de jabón, que contribuían a convertir un pino en un cuento de hadas.

Me había tocado la vez. La gente esperaba detrás de mí.

—El señor, ¿qué desea?

Extendí el brazo hacia una pequeña jaula de cartón con purpurina plateada. En el interior había un pájaro exótico de terciopelo azul y amarillo que se balanceaba sobre un columpio dorado.

—Eso —balbuceé.

—¿Algo más?

—Nada más.

La tendera metió la jaula en una cajita de cartón y la ató.

—¡Tres veinte!

Al salir de allí, me sentí mejor. No llegaba a comprender exactamente por qué el hecho de comprar aquel artículo de Navidad, que no me hacía ninguna falta, me había hecho reconciliarme con el pasado.

Era un misterio.

Entré en un bar para tomarme un aperitivo. Estaba lleno de hombres nerviosos que hablaban de lo que iban a hacer aquella noche. La mayoría de ellos llevaban paquetes bajo el brazo o en los bolsillos.

Estuve tentado de tomar el autobús para irme a dar una vuelta por los bulevares.

Sin embargo pensé que prefería quedarme en mi feudo. La gente era más modesta, pero más ruidosa y también más acogedora. A cada paso me cruzaba con gente «que me evocaba algo», pero nadie me reconocía.

En un cruce alguien gritó con todas sus fuerzas: «¡Albert!». Me volví en redondo. No era a mí a quien llamaba, sino a un muchacho lleno de granos que llevaba una chaquetilla de pastelero de cuadritos, y que se movía sobre un motocarro.

Mi viejo barrio, con su olor a hollín mojado y a aceite. ¡Con sus adoquines mal ajustados! Sus fachadas desagradables, sus bares, sus perros vagabundos que los perreros habían renunciado a recoger.

Caminé durante más de una hora bajo una lluvia viscosa, tragándome mil pequeñas emociones embriagadoras y agridulces que me transportaban a quince años atrás. En esa época cursaba la enseñanza primaria y las fiestas de Navidad aún estaban llenas de VII magia para mí.

Sobre las ocho me metí en un gran restaurante del centro. Más bien era una cervecería tradicional, con sus espejos, sus artesonados, sus bolas para las servilletas, sus enormes taburetes con plantas trepadoras, un mostrador y camareros con pantalones negros y chaquetillas blancas.

Los cristales de las ventanas tenían visillos de rejilla; en el verano, se sacaban las plantas verdes a la acera. El establecimiento tenía fama de ser como «un local famoso» de provincias. Famoso lo era de sobra. Durante toda mi infancia, cuando arrugaba la nariz ante la comida de mi madre, ésta suspiraba y me decía: «¡Vete a comer a Chiclet!»

Y en efecto, yo soñaba con ir a comer allí algún día. Me parecía que sólo la gente muy rica y muy importante podía permitirse ese lujo. Todas las tardes, al volver del estudio, me paraba delante de los enormes escaparates del restaurante y contemplaba, a través del

vaho, a la gente opulenta que allí se reunía.

Entre las horas de las comidas, señores importantes iban allí a jugar al bridge. Cuando se acercaba la hora de la comida, las mesas de juego iban desapareciendo unas detrás de otras, como si hubieran naufragado. Sólo quedaba un reducto de viciosos, al fondo del local, alrededor de los cuales los camareros giraban nerviosos.

Había entrado allí, por primera vez.

Antes de mi partida, aunque ya tenía la edad y los medios para frecuentar esta casa, jamás me había atrevido a traspasar la puerta.

Pero esa tarde me atreví. Más aún, entré en Chiclet con un paso indolente. Acostumbrado.

Durante mi larga ausencia había decidido fervientemente que iría y había repetido tantas veces mi entrada y estudiado mis gestos que actué casi como por rutina.

Tuve un pequeño momento de duda, debido al olor que yo no conocía y que no había podido imaginar. No era la misma de los restaurantes corrientes. Olía a ajenjo y a caracoles, y también a madera antigua.

Al fondo del salón habían puesto un abeto gigantesco, cuajado de guirnaldas eléctricas y cabellos de ángel, que daban a la vieja cervecería el aspecto de una verbena.

Los camareros se habían prendido en las chaquetillas un pedazo minúsculo de acebo, y en el bar, los propietarios (el Sr. y la Sra. Chiclet), ofrecían un aperitivo a los clientes antiguos.

Esta pareja tenía un alto concepto de su papel de anfitriones. Siempre de punta en blanco, daban la impresión de que recibían invitados.

Ella era un tanto corpulenta. Parecía, en cierto modo, una cajera de gran café, a pesar de la ropa oscura y las pesadas joyas. El era un hombre macilento, de escaso pelo que llevaba pegado en lo alto del cráneo y con la ropa anticuada. Debía ser presidente de un montón de sociedades corporativas y tenía siempre el gesto de un prelado que estuviera esperando para conceder a alguien la palabra o para ofrecérsela a él mismo.

El servicio acababa de comenzar y todavía había pocos clientes. Un camarero con los pies separados vino a hacerse cargo de mí. Me ayudó a quitarme el abrigo, lo colgó en una percha circular y me preguntó, señalándome el salón con una inclinación de cabeza.

—¿Tiene alguna preferencia?

—Cerca del abeto, si es posible…

Me hubiera gustado mucho llevar a mi madre a Chiclet. No había entrado nunca. Debía haber soñado con ello toda su vida, ¡ella también!

Me senté en el taburete frente al árbol, y pedí un menú delicado. De repente me sentía bien. Bien, como cuando uno tiene hambre y va a comer; bien, como cuando se tiene sueño y se acuesta uno. El único placer auténtico de este mundo es la satisfacción de un deseo.

Lo que yo satisfacía en aquel momento no era el apetito sino un sueño de niño.

Me puse a contar las bombillas del árbol. Me fascinaban. Cuando estaba terminando este sencillo ejercicio matemático, una vocecita murmuró muy cerca de mí:

—¡Qué bonito!

Me volví y descubrí en la mesa de al lado a una niña de tres o cuatro años, bastante fea, que también estaba contemplando el abeto.

Tenía la cabeza algo grande, un rostro corriente, el cabello castaño rojizo y la nariz como un rábano. Se parecía a como Shirley Temple había sido durante su época de niña prodigio. Sí, era exactamente eso. Una Shirley Temple, pero fea.

La niña iba acompañada de una mujer joven, que sin duda debía ser su madre. Esta última había percibido mi movimiento hacia ellas y me miraba sonriendo, como sonríen todas las madres cuando alguien mira a sus hijos. Tuve un sobresalto.

Aquella mujer se parecía a Anna. Era morena como Anna, con los mismos ojos sombríos y almendrados; el mismo tono aceitunado en la piel y aquella boca sensual y espiritual que me daba miedo. Debía tener unos veintisiete años, la edad que hubiera tenido Anna. Era muy bonita y estaba vestida con elegancia. La pequeña no tenía ni sus ojos, ni su cabello, ni su nariz, pero a pesar de eso, en cierto modo, se le parecía.

—¡Tómate el pescado, Lucianne!

La niña, dócilmente, pinchó un trocito de filete de lenguado de aquel plato, demasiado grande para ella. Se lo llevó torpemente a la

boca, sin dejar de mirar el árbol.

—¿Verdad que es muy grande?

—Sí, querida.

—¿Ha crecido aquí?

Me eché a reír. La mujer me miró de nuevo, contenta al ver mi reacción. Me sostuvo la mirada durante algunos segundos, antes de bajar lentamente la cabeza, como si yo la turbara. Me miré de reojo en el gran espejo que tenía en frente. No estaba mal, era del tipo «marcado por la vida». A los treinta años, las arrugas tenían un encanto. Yo tenía unas cuantas en las comisuras de los ojos, y una o dos, muy marcadas, en la frente.

Era extraño que aquella joven y su niña estuvieran en este restaurante la noche de Navidad. El ver a aquellos dos seres me encogía el corazón. Me parecía que su soledad de dos era más patética que la mía, que era, en resumen, una soledad verdadera, una soledad fácil.

La paz que me había invadido desde que entre en Chiclet se empañó bruscamente. Durante toda mi vida había padecido estas caídas de tensión. Nunca estaba seguro de lo que pasaría a continuación. Siempre sentía en mí una inquietud incesante que continuamente estaba al acecho. Yo ocultaba mi angustia desde que era pequeño. Una angustia dolorosa a la que había llegado a acostumbrarme durante aquellos últimos años.

Me comí las ostras y después el faisán con patatas fritas y me bebí una botella de vino rosado. De vez en cuando me aprovechaba de lo que la niña decía para mirar a la madre y siempre notaba el mismo sobresalto al comprobar su parecido con Ana. Nuestro ejercicio se prolongó durante toda la cena. Digo ejercicio porque ella, por así decirlo, había entrado en el juego. Cuando yo volvía la cabeza hacia ella, ella volvía la suya hacia mí. Y con una regularidad desconcertante, su rostro expresa a ratos —interés, tristeza y— pudor.

Terminamos de comer casi al mismo tiempo. La lentitud de la pequeña, había compensado mi retraso. La mujer pidió un café y la cuenta. Yo hice otro tanto.

Ahora el restaurante estaba hasta arriba. Los camareros corrían. Se oía cómo daban las órdenes gritando en el «office», como si fuera la sala de máquinas de un barco. Las conversaciones subían de tono.

Parecía como si estuviéramos en el vestíbulo de una estación. El tintineo de los tenedores y de los vasos, las pequeñas explosiones de los tapones al ser descorchadas las botellas, componían una música alegre que era como un himno a un goce grosero, que, ahora, que yo había terminado de cenar, me repugnaba confusamente.

Los clientes esperaban en el mostrador a que quedaran mesas disponibles, mirando ostensiblemente al comedor. No tuvimos que esperar la cuenta mucho rato. Cuando nos trajeron el cambio los camareros ya tenían preparada nuestra ropa, y los que estaban hambrientos rodeaban ya nuestras mesas.

La joven abrochó el abrigo con cuello de terciopelo de la pequeña antes de ponerse el abrigo de astrakán que el camarero tenía extendido frente a sí, y que le daba el aspecto de un murciélago monstruoso.

Nos volvimos a encontrar en la puerta. Sujeté el batiente abierto para que pasara. Me dio las gracias y yo recibí su mirada patética a quemarropa. Era una mirada indefinible que hubiera podido contemplar durante horas, sin moverme, sin hablar, e incluso tal vez sin pensar.

Ellas salieron. La pequeña susurraba cosas que yo no entendía, y que su madre no parecía escuchar.

Había dejado de llover y volvía a hacer frío. Un frío extraño de un invierno demasiado suave. Decididamente, no nevaría. Había pocos coches. Pasaban levantando el barro líquido. Algunas tiendas estaban empezando a cerrar. Yo me quedé delante del restaurante sin saber qué iba a hacer. Aún sentía dentro de mí la mirada de ella; tardaba en desvanecerse.

Ella se volvió dos veces mientras que se alejaba. Su gesto no tenía nada de provocador.

Tampoco era asustadizo. Era simplemente un vistazo breve hacia atrás, muy instintivo, que yo podía percibir. Quería asegurarse de si yo iba a seguirla. No lo dudaba, ni tampoco lo esperaba.

Tomé la misma dirección, pero repito, yo no la seguía. Si llevaba el mismo camino era porque conducía a mi apartamento.

Recorrimos unos cuantos centenares de metros bastante distanciados uno del otro. Después, en un cruce las perdí de vista.

Era lógico.

Noté como un pellizco desagradable en el pecho, pero acepté aquella separación que resultaba tan casual como nuestro encuentro. Simplemente me sentí triste, triste como cuando, seis años atrás, vi a Ana muerta. Era una tristeza incrédula. Había algo en mí que rechazaba esta separación.

Continué mi camino, siguiendo el rumbo de mi apartamento.

Al pasar delante de un cine, las vi paradas, contemplando las fotos de la película.

Era la madre la que estaba mirándolas. La pequeña sólo tenía ojos para mirar el abeto delgaducho que adornaba el vestíbulo.

Era un árbol enclenque, que había crecido en algún jardín de las afueras, y cuyas ramas estaban repletas, a modo de decoración, con fotos de artistas.

Conocía bien aquel cine. Era el *Majestic*. Había visto allí tantas películas del Oeste, que en aquella época hubiera podido decir el título de cada una sólo con haber oído unos metros de la banda sonora.

Entré en el vestíbulo. La mujer me vio. Podía decirse que esperaba verme aparecer. Esta vez apenas me miró, pero su rostro se quedó como vacío y adquirió una terrible palidez.

Comprendí que si la dejaba llegar a la taquilla antes que yo, no tendría el valor de seguirla. Así que le tomé la delantera. Por el cristal de la ventanilla vi cómo se aproximaba. Pagué mi entrada y me aparté. Ella estaba allí, con la niña de la mano.

—Dos entradas.

Como había hecho en el restaurante, sujeté la puerta para que pasara, y como en el restaurante ella me miró en «profundidad». Esta vez murmuró tímidamente:

—Gracias.

La sesión había empezado. Estaban poniendo un documental sobre Ucrania: una inmensa llanura cubierta de espigas se extendía infinitamente.

Una acomodadora se precipitó hacia nosotros haciendo guiños con la linterna. La mujer le tendió las dos entradas. La acomodadora que, sin duda no había visto a la pequeña creyó que íbamos juntos, nos situó uno al lado del otro en una fila bastante delantera.

Mi corazón latía a toda marcha, como el día que salí con Ana por primera vez. Me quedé inmóvil en mi butaca, con el torso erguido, los ojos fijos en la pantalla, sin ver nada de lo que pasaba, y sin oír otra cosa que los latidos desordenados de mi corazón. Notaba la cálida presencia de aquella mujer y estaba trastornado. El perfume de su abrigo me alteraba.

La niña le hacía preguntas en voz alta y la madre se inclinaba constantemente hacia ella murmurando.

—Cállate Lucianne. ¡No se puede hablar!

Al final la niña acabó por callarse. Además el documental se terminó y se encendieron nuevamente las luces.

Volví a encontrarme con un querido y antiguo cine. No lo habían restaurado. Seguía teniendo aquel horrible color de posos de vino, sus tapices de felpa carmesí, sus butacas crujientes y las plantas de cartón pintadas de verde, al pie de la pantalla.

Pasó una acomodadora con su cestillo de golosinas, voceándolas con una voz gangosa e indiferente.

—¡Quiero caramelos! —pidió la pequeña.

Era la ocasión propicia, una entrada en materia sin originalidad, pero ideal. Yo estaba entre la acomodadora y mi vecina. Podía comprar un paquete de caramelos y dárselo a la niña murmurando un «Permítame usted, señora», irreprochable.

En lugar de eso, continué crispado, ceñudo. Ni siquiera hice un gesto que me relajara cuando la acomodadora ofreció el paquete de caramelos.

El descanso terminó. Estaba deseando que se apagaran las luces. Deseoso de volver a encontrar esa intimidad llena de reticencia. No sabía ni cómo se llamaba la película. Era lo que menos me preocupaba.

Empezaron a desfilar letras por la pantalla, pero no me sentía con ganas de leerlas.

Volví a encontrar de nuevo el dulce bienestar que había sentido en el restaurante. Era ante todo un sentimiento de seguridad. La certeza de ir a vivir unos instantes de verdadera felicidad.

La pequeña se durmió. Había empezado a lloriquear un poco, buscando una posición más cómoda en la butaca, pero no lo conseguía. Entonces su madre la cogió en brazos. Las piernas de la niña golpearon las mías.

—Perdone —murmuró mi vecina.

—No es nada. Yo… podría tenderla.

Por el contrario, sujetó las piernas de la niña con la mano para impedirle que me diera patadas.

Aquella mano me hipnotizaba. Esperé un poco, intentando rechazar el deseo que me invadía de cogerla, dulcemente, y tenerla entre la mía. Necesitaba ese contacto. Lo imaginaba. Mi piel adivinaba la suya. Pude intentar algún truco, o bien hacer alguna trampa. Escoger una postura sobre el brazo de la butaca que me permitiera aproximar los dedos de una forma que pareciera casi natural y rozar los suyos de tal manera que no pudiera ofenderse.

Pero seguía sin decidirme.

Me volví hacia ella. La mujer también me miró. Y todo fue tan sencillo que creí morir en un éxtasis al comprobar lo fuerte que era mi voluntad.

Tomé su mano. Ella dejó caer las piernas de la niña. Abrimos los dedos, después los cerramos como si fuéramos a hacer una plegaria común. Era una sensación extraña, voluptuosa, salvaje.

Me sentía poderoso, y acababa de abolir en un solo instante, seis años de mi vida. Estaba con Ana. Ella seguía viva, me amaba. Me daba su calor y yo le comunicaba mi fuerza.

¿Por qué sentía deseos de volverme hacia aquella desconocida y de decirle «Te amo»?

Porque ¿la amaba realmente?

Hay mucha gente que se imagina que el amor es un sentimiento que necesita estar «instalado», que es el resultado de un proceso. Yo sé bien que no. Yo que he amado a Ana y a esta mujer desde el primer momento en que nos miramos, ellas y yo.

Nos quedamos así durante largo rato, con los dedos entrelazados, haciendo, el amor con las manos. Después la pequeña, lanzó algunos puntapiés y empezó a lloriquear en sueños. Su madre retiró la mano, y aquello fue para mí, como un desgarro.

Le susurró a la niña que estaba dormida:

—Vamos a volver a casa, Lucianne, querida, vas a volver a tu cunita.

Ella hablaba para que yo la oyera.

—Si me lo permite —balbuceé.

Cogí a la pequeña, la aseguré en mis brazos y me levanté. Pesaba bastante, olía aún a bebé, y dormida, como estaba, su carita ingrata parecía hermosa y conmovedora.

Subí por el pasillo lateral al lado de la mujer. Tenía la impresión de que la conocía íntimamente. Su forma de caminar tenía un ritmo que me resultaba familiar. Una vez que hubimos salido al vestíbulo, nos miramos bajo la exigua luz fluorescente. Parecía que estaba un poco nerviosa y tuve miedo de que aquello fuera una reacción a mis audacias.

Pero, ¿no me había animado ella?

—¿Tiene coche?

—No, vivo bastante cerca de aquí, señor.

Avanzó sus brazos como formando una cuna.

—Se lo agradezco, no tiene costumbre de trasnochar.

—La acompaño.

Seguramente era lo que ella esperaba, pero a pesar de todo, hubo algo —no sé el qué— que vaciló en su mirada. Se quedó inmóvil, con los brazos tendidos hacia la niña, después los dejó caer a lo largo de su cuerpo.

—Gracias.

Ella echó a andar sin ocuparse de nosotros. Me costaba trabajo seguirla porque la niña pesaba cada vez más. Era la primera vez en mi vida que cogía a un niño en brazos y nunca se me había ocurrido que aquello fuera tan conmovedor. Avanzaba con precaución. Tenía miedo de tropezar y caer con mi preciosa carga.

Así pues seguimos caminando, uno detrás del otro, hasta el final de la calle. Entonces ella giró hacia la derecha, hacia un barrio nuevo, que yo no conocía puesto que cuando yo me fui sólo estaba en proyecto.

Aquella zona estaba menos iluminada. Ya no había tiendas, ni más puestos de ostras, ni más abetos, que no fueran los de los apartamentos, y podían adivinarse sus destellos multicolores a través de los cristales.

Unas construcciones de color claro se levantaban en la sombra y ella se encaminó hacia allí. Durante el trayecto no me dirigió la palabra ni una sola vez. Parecía como si nos hubiera olvidado, a su hija y a mí.

Dos o tres veces la niña se había agitado y tuve que oprimirla contra mi pecho, para tranquilizarla. Debía ser una niña muy nerviosa.

Se oía el ruido de las radios y las televisiones. La gente entonaba los «Minutos Cristianos», aunque eran apenas las diez. Pero aquellos ruidos formaban una especie de fondo sonoro irreal; lo único real era el martilleo regular de nuestros pasos sobre el pavimento mojado.

Ya no podía más cuando ella se paró delante de un portón de hierro, completamente nuevo, sobre el que estaba pintado en letras amarillas bordeadas de negro:

J. DRAVET — Encuadernaciones.

Se sacó una llave del bolsillo y empujó el batiente de la puerta. Había llegado el momento de la verdad. Se me iban los ojos intentando ver algo por el espacio sombrío y misterioso que se extendía más allá del portón entreabierto. Distinguía confusamente un patio donde había dos camiones encerrados. Al fondo se levantaban unas naves de dos pisos cuyas grandes cristaleras captaban los reflejos del farol que había en la esquina de la calle. Todo estaba oscuro, nuevo y silencioso.

Cambiamos la misma mirada que en el vestíbulo del cine.

—Ya hemos llegado —murmuró, y añadió aquellas palabras, tal vez demasiado simples, pero que, más tarde, iban a revestir un extraño significado.

—¡Aquí es!

¿Sería aquello una concesión de libertad?

O ¿sería más bien una invitación?

En el fondo lo más fácil era preguntárselo.

—¿Tengo que dejarla aquí?

Entró sin contestar.

Era una invitación.

2

LA PRIMERA VISITA

A cada lado del patio se levantaban montañas de papel en resmas, protegidas con cristaleras.

Todo el fondo estaba ocupado por los talleres. A la derecha, había una gran puerta de hierro, pintada de negro y sobre la que ponía: «privado», pintarrajeado groseramente sobre la chapa.

La mujer abrió aquella puerta. Metió la mano en el interior y accionó un conmutador, pero no se encendió ninguna luz.

—Es verdad —murmuró, sin darme más explicaciones.

Me cogió del brazo y me guió en la oscuridad. Yo me adentré en plena negrura, con pasos de ciego, asustado por la idea de golpear la cabeza de la criatura.

Mi compañera se detuvo. Palpó un poco y después descorrió la puerta de un ascensor.

—Vamos a coger el montacargas —declaró.

Entré en una enorme caja de metal, detrás de ella. Por la reja que le servía de techo vi, dos pisos más arriba, una trampilla de cristal por la que entraba una luz muy desvaída.

—Estará usted muy cansado —murmuró en la oscuridad—. Pesa mucho, ¿verdad?

Sentía su cadera junto a mí. Hubiera querido que aquello durara toda la noche.

La caja de acero se elevaba demasiado lentamente. De repente se paró. Mi compañera hizo que la puerta se deslizara y la mantuvo abierta mientras que yo salía con la niña.

—Tenga cuidado, hay un escalón.

Di una zancada. Ella me sujetaba por el brazo, clavándome las uñas en la carne. Sin duda, ¿temía que dejara caer a la pequeña?

La oscuridad era opaca, ya que la estrecha trampilla de cristal que se abría sobre la caja del montacargas no bastaba para alumbrar el rellano de la escalera.

Tuvo que utilizar una tercera llave para abrir la puerta de su vivienda.

Esta vez el conmutador cumplió su cometido. Me encontré en un vestíbulo pintado de blanco. Frente a la puerta de entrada había una puerta de cristal de dos hojas que daba a un salón.

Ella me iba dirigiendo. Aquella sucesión de puertas me daba la impresión de que iba avanzando por un laberinto sorprendente.

¿Por qué me sentía tan angustiado? ¿Qué podía haber que fuera más tranquilizador que aquella joven madre y su pequeña dormida? ¿Qué estampa más fresca y sedante cabía esperar?

La habitación, blanca al igual que el pasillo, no era demasiado grande, y había un árbol de Navidad que ocupaba gran parte de ella. ¡Cuántos árboles mágicos había encontrado ya en mi camino en el transcurso de aquella jornada! ¡Era un auténtico bosque de Navidad!

Este estaba decorado con bombillas auténticas que le daban mucho más ambiente que aquellas guirnaldas eléctricas con las que les habían atiborrado todos los demás. Discretos objetos pendían de los extremos de las ramas.

—Hemos tenido que quitar algunos muebles a causa del árbol —explicó la mujer—. En el bosque debía parecer muy pequeño, ¡pero aquí!

Quedaba un canapé de cuero, un carrito para las bebidas, un sillón y sobre una mesa baja, un tocadiscos.

—Siéntese y sírvase algo para beber. Voy a acostar a Lucianne. Tardaré algunos minutos. ¿Le gusta Wagner?

Conectó el tocadiscos, lo puso en marcha y con un gracioso movimiento volvió a coger a la niña. Parecía como si estuviera esperando alguna cosa.

—Veamos, ¿qué va a beber? —me preguntó.

—Bueno, eso depende de lo que vaya a ofrecerme —le contesté.

Por primera vez, desde que había conocido a aquella mujer,

conseguía parecer otra cosa que un lobo hambriento.

—¡Oh!, hay un poco de todo; coñac, whisky, jerez…

—Entonces tomaré un poco de coñac.

Se adelantó, atenta. Pero, ¿por qué tenía tanto interés en que me sirviera algo para beber? No me gustaba servirme. Era una mala costumbre que me había fomentado mamá. En casa, ella era siempre la que servía a todo el mundo y cuando teníamos invitados solía coger sus platos autoritariamente.

El coñac estaba en la botella gruesa, a la izquierda.

La cogí, y le di la vuelta a un vaso que estaba puesto boca abajo sobre un salvamanteles blanco. Tímidamente me eché un gran trago de alcohol.

Ella sonrió.

—Me va a perdonar, ¿verdad?

—Por favor.

Salió volviendo a cerrar la puerta. Me desabroché el abrigo para aparentar tranquilidad, y me fui a contemplar el árbol. ¡Desde luego aquella era una velada muy extraña!

No sabía hasta dónde llegaría la aventura, pero estaba seguro que ésta era una de ellas.

Al meterme la mano en el bolsillo encontré las aristas de la cajita de cartón que contenía lo que había comprado aquella tarde. Entonces tuve una idea: colgar en aquel árbol la jaula plateada que contenía el pájaro azul y amarillo. Este pensamiento me hizo sentirme extrañamente feliz. Dios me concedía una sonrisa en aquella noche de Navidad. Sí, el simple hecho de desembalar y de colgar en la rama picuda de un pino este objeto de bazar me procuraba una alegría muy pura.

Retrocedí para examinar la jaula. Si la hubiera hecho yo con mis propias manos, no me hubiera sentido tan orgulloso. Bailaba en el extremo de la rama, como si fuera una campanilla, dejando caer un poco de polvo plateado. El pájaro de terciopelo se columpiaba en su interior. Lo que contemplaba con indecible asombro era mi infancia desaparecida.

Aplasté la caja de cartón y me la metí en el bolsillo. La ofrenda que le había hecho al árbol debía permanecer clandestina, para que tuviera un cierto aspecto sobrenatural.

Tal vez mi anfitriona y su hija la ignorarían, pero tal vez la

descubrieran y se rompieran la cabeza haciendo conjeturas.

Eché el abrigo sobre el sofá y cogí el vaso de coñac. Hacía mucho tiempo que no bebía. Este era de primera calidad. Al primer trago me sentí muy eufórico. Era como un golpe de suerte.

Mi anfitriona volvió un cuarto de hora después. Lo que me sorprendió fue que no se había quitado el abrigo de astrakán. Ella siguió mi mirada y pareció que se había dado cuenta.

—La pobre criatura tenía tanto sueño —dijo quitándose el abrigo.

Después se acercó al carrito de las bebidas.

—Veamos qué voy a tomar. ¿Tal vez un Cointreau, o un jerez?

Levantaba la voz porque la música estaba muy alta.

Yo la observaba con secreta admiración. Me gustaban su gracia y su soltura. Tenía gestos simples y expresivos, que no eran en absoluto estudiados. Para mí resultaba un espectáculo maravilloso verla moverse por la habitación, echarse un poco de jerez, levantar su vaso para dirigirme un brindis mudo y humedecer sus labios con aquel líquido herrumbroso.

Me dolía la espalda de haber llevado tanto tiempo en brazos a la pequeña. Para relajarme tenía los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

Ella fue a bajar el volumen del gramófono.

—¿Vive usted en este barrio?

—Sí, señora. Pero me fui hace seis años y no había vuelto hasta esta tarde.

—¡Oh!, eso debe ser conmovedor. Sobre todo un día de Navidad.

Tenía una voz tranquila, con unas inflexiones un poco sordas. Era una voz que le iba perfectamente a sus comedidos gestos.

—¿Ha vuelto porque era Navidad?

—No. Ha caído así.

—¿Estaba muy lejos?

—Sí, muy lejos.

El disco se había terminado. Cortó el contacto y nos quedamos en silencio. Notando mi suspicacia, dudaba en hacerme preguntas. Y sin embargo yo tenía ganas de que me preguntara. Quería hablar mucho pero con la condición de no tener que tomar la iniciativa de

la conversación.

Necesitaba un poco de rodaje.

—Tal vez le están esperando para la cena de Nochebuena.

—No, señora. Estaba solo, como usted. Y usted se dio cuenta, ¿verdad?

Ella desvió la mirada.

—Es cierto.

Y luego después de un rato de silencio:

—Quisiera…

—¿Usted quisiera…?

—Deshacer todo equívoco… que mi… comportamiento pudiera haber hecho surgir en su interior, señor…

Se había expresado con dificultad y parecía estar tremendamente preocupada.

—¿Qué equívoco?

—Bueno, supongo que cuando un señor se sienta en un cine al lado de una dama que no conoce; que cuando ese señor coge la mano de esta dama y la dama no retira la mano, el señor debe imaginarse que acaba de hacer una conquista fácil.

Sacudí la cabeza.

—No me resultó fácil cogerle la mano, ni a usted dejármela coger.

Bebió, delicadamente, un sorbo de jerez.

—Supongo que no me creerá si le digo que es la primera vez que me ocurre una cosa semejante.

—¿Por qué no iba a creerla, sobre todo en una noche consagrada a lo maravilloso?

Me dedicó una de sus extrañas sonrisas tan conmovedoras.

—Gracias. Me ha gustado que me cogiera la mano… Me sentía tan desgraciada.

—¡Y yo también!

—¿Quiere contármelo?

—¡Oh!, lo mío es un drama muy íntimo. Una vez que se cuenta con palabras, pierde toda su intensidad y todo su misterio, sabe…

—De todas maneras, inténtelo.

—Hace siete años acababa de obtener el título de ingeniero y de encontrar un buen empleo cuando me ocurrió una gran desgracia.

—¿Cuál?

—Me enamoré.

—Eso hubiera podido resultar una gran dicha, ¿no?

—Eso creí. De hecho, así lo fue al principio. Sólo que ella estaba casada, y era la mujer de mi jefe… Nos escapamos. Lo dejé todo, a mi anciana madre que se había sacrificado para que yo pudiera realizar mis estudios; mi situación, ¡todo!

—¿Y entonces?

Hacía años que no había vuelto a hablar de Anna con nadie. Imágenes enterradas volvían a salir a la superficie. Veía a Anna en nuestra pequeña cama del hotel, con uno de sus pechos fuera del camisón. O bien veía a Anna con los cabellos bailando con el viento, junto al mar. ¡Anna riendo!, ¡Anna llorando! ¡Anna muerta!

—¡Murió!

—¡Oh! Eso debió ser terrible.

—Terrible, en efecto. A continuación de eso… me fui.

—Lo comprendo.

—Y durante mi ausencia, mi madre murió a su vez. Ahora el mundo se ha convertido para mí en un cementerio sin cruces. Está lleno de tumbas y de fantasmas.

»Y hoy he vuelto a este ambiente asolado. He vuelto a encontrar nuestro pequeño apartamento, que está a dos pasos de aquí. A modo de árbol de Navidad había un pequeño ramo de boj amarillento en un vaso que había contenido agua bendita. No lo he podido aguantar y he vuelto a salir. Y la he visto en el restaurante, con la niña. Para mí usted representará siempre la vida.

—Es hermoso eso que me está diciendo. Poder ser para alguien lo que para uno mismo es muy poco. ¡Si supiera cómo reconforta!

Le tendí la mano y ella acercó la suya. Esta vez ya no era sólo la presión de unos dedos asustados en la oscuridad, ya no era un contacto robado, era un acto deliberado, un gesto de solidaridad humana más que una caricia robada.

—Hábleme de usted, ya que estamos contándonos…

—Yo estoy del otro lado.

—¿Quiere decir?

—Del lado de ese señor al que usted le quitó la mujer.

Se quedó callada. Yo tenía sed de saber pero no quería forzar su

confianza. Ella se quedó mirando mi mano fijamente durante un momento. Me dio vergüenza porque ya no tenía manos de intelectual.

—¡Para mí también han pasado siete años! Yo estudiaba Bellas Artes. Quería ser decoradora de cine. Conocí al hombre que habría de convertirse en mi marido. Era muy guapo, era rico, tenía un coche que me impresionaba enormemente. Las niñas de ahora se casan a veces con un coche. ¡Es el mal del siglo!

»Creí que me traería el paraíso en el portamaletas cromado de su Jaguar. Cuando me pidió que me casara con él, no dije que sí; lo grité. Hubo un tira y afloja con la familia porque yo no tenía dinero. Mi padre es un exoficial. Cuando los Dravet supieron que papá podía ponerse el uniforme para la ceremonia acabaron por ceder. Un coronel decora tanto en una boda…

Volvió a callarse, como para dejar fluir sus recuerdos. Entonces volvió a pasarme lo mismo que en el cine; tuve ganas de decirle que la amaba.

—Como estamos en Navidad, ¿puedo decirle que la amo?

—¡Oh! sí, claro que puede. Sí, puede, ¡hace tanto que no me lo ha dicho nadie!

—Continúe.

—¿Le interesa mi historia?

—No es una historia.

—No —murmuró—, ni siquiera. Así que me casé con ese niño fogoso. Su familia le hizo construir esta fábrica de encuadernación. Lucianne nació…

—Para usted también eso pudo haber sido la felicidad, ¿no?

—Para mí también. Sólo que en la vida siempre hay un desfase, y fue ese desfase lo que destruyó todo.

»En su caso el desfase estaba producido por el hecho de que amaba a la mujer de su jefe.

—¿Y en el suyo?

—Ocurrió que Lucianne nació seis meses después de nuestra unión y siete meses después de mi primer encuentro con Jerome. Y era el bebé más guapo de la maternidad. No era en absoluto como los que han pasado por la incubadora —añadió con un humor amargo.

Su historia era tan clásica como la mía, pero mucho menos

romántica.

Suspiró.

—¡En los negocios no se bromea con estas cosas!

—¿Hubo divorcio?

—¡En la «industria» católica no se divorcia uno!

—¿No le había… eh… advertido a su novio… de… de sus esperanzas?

—No, yo no… ¿Cómo podría contarle estas cosas tan sórdidas? Yo ya no tenía esas esperanzas. Antes de conocer a Jerome me había prestado a ciertas… ¡oh!, seamos conformistas, a ciertas «maniobras». Le digo que todo esto es sórdido.

—Y, ¿después?

—Aquello fue dramático. Vino la ruptura de relaciones con la familia política. Y después «desafecto» fue la sentencia, demasiado rápida, de mi marido. Al principio no nos fue mal, ya que él tenía amantes. Pero llegó un día en el que se quedó sólo con una, y mi existencia se convirtió en un calvario.

»Ya casi no lo veo. Viene al piso de abajo, sólo para ocuparse del negocio. Cuando sube aquí, es para pegar a Lucianne o para llamarme zorra.

Me sirvió un gran trago de coñac; y ella misma se echó un poco más de jerez.

—Extraña noche de Navidad, ¿verdad? —continuó—. Nos hemos conocido hace una hora. No sé cómo se llama, y usted sólo conoce el nombre de mi marido. Y sin embargo, acabamos de contarnos nuestras vidas, de un tirón.

—Perdóneme, señora. Me llamo…

Ella me puso rápidamente los dedos sobre la boca.

—No, se lo suplico, no me diga cómo se llama. Así es mucho mejor. Tenemos tiempo. Ahora quisiera pedirle una cosa…

—Todo lo que quiera.

—¡Salgamos! La pequeña duerme y tiene el sueño profundo. Puedo permitirme el lujo de dejarla sola, una o dos horas. Me gustaría ir a dar una vuelta y ver el ambiente de Navidad, del brazo de un hombre.

—¿Del brazo «de un hombre»? —suspiré.

Tuvo un arrebato de entusiasmo.

—¡Oh Dios mío!, esa es una frase de hombre celoso. Fíjese, yo

creo que eso es lo que más echo de menos: los celos…

Iba a añadir «de un hombre». Se detuvo a tiempo y se echó a reír.

—¿Vamos?

Cogió el vaso que yo había dejado sobre la chimenea, y lo puso sobre la bandeja superior del carrito de las bebidas. Debía ser una mujer muy meticulosa y enemiga del desorden.

Apagó la luz del salón, y después la del vestíbulo. De nuevo estábamos en el oscuro descansillo.

—La bombilla lleva dos días fundida —dijo—.

Me cogió de la mano y abrió la puerta del montacargas. Durante el descenso no me la soltó. Me gustaba aquella sensación curiosa de hundimiento que proporciona siempre el recorrido en una cabina de ascensor.

Las calles a esa hora estaban tranquilas. El cielo estaba claro y lucía como metal brillante, debido a la helada. Las tiendas estaban apagadas. A veces un grupo de juerguistas aparecía en un cruce, dando voces forzadas.

Íbamos cogidos del brazo, ella y yo, y avanzábamos despacio, felices, por las calles vacías que me parecían inmensas.

El reloj luminoso de un cruce señalaba las once menos veinte. Nos cruzamos con un mendigo borracho que nos pidió limosna.

—¿No cree usted que la noche de Navidad no es una noche como otra cualquiera? —me preguntó.

—Claro, puesto que los hombres lo han decidido así.

—¿Usted no es creyente?

—Eso depende de los días. Yo voy al revés de los demás. Tengo fe cuando me siento feliz.

—Y ahora, ¿tiene fe?

—Sí.

Me oprimió el brazo. Yo sentía su calor de mujer extenderse por mi cuerpo. Un deseo confuso de ella me atenazaba desde que íbamos andando así, rozándonos con las caderas.

En un momento dado, noté que temblaba.

—¿Tiene frío?

—Un poco.

—¿Quiere que entremos en un bar?

—No tengo ganas de ver gente.

De repente, algo me chocó: la incongruencia de todo aquello. Con el pensamiento, me elevé sobre todo y contemplé aquel barrio como se contemplaba la maqueta de una ciudad futura.

Estaba el apartamento de esta mujer, con su pequeña dormida, el mío, tan triste, tan desolado… Y estas calles frías por las que deambulábamos con pasos de sonámbulo.

Se paró de repente.

—¡Me gustaría que me llevara a su casa!

Casi no me sorprendió.

—No me atrevo.

—¿Por qué?

—Es siniestra, y además lleva tanto tiempo deshabitada…

—Eso no tiene ninguna importancia. Me gustaría comprobarlo.

—Comprobar, ¿el qué?

—¿Le molesta?

—Me preocupa, pero si insiste.

Y nos metimos en mi calle. Era una calle muy mediocre y estaba peor iluminada que las calles adyacentes. Un perro recorría la acera de enfrente a una velocidad obstinada, como si supiera a dónde iba, parándose muy serio, de vez en cuando, para olfatear una pared.

—Aquí es —dije, deteniéndome ante el edificio.

Su fachada descolorida parecía una quemadura mal curada. La puerta se había quedado abierta y una corriente de aire pérfido, cargado de malos olores, soplaba bajo el portal.

Busqué a tientas el conmutador. Había perdido el automatismo de este tipo de acciones. Era una costumbre de veinte años, que se había desvanecido a causa de mi prolongado alejamiento.

—No, no encienda la luz —me suplicó—. Así resulta más misterioso.

Subimos la escalera de madera que sólo estaba recubierta de moqueta hasta el primer piso. En la parte central había desaparecido la tela por completo, y a partir del primer piso pisábamos en la madera y cada escalón retumbaba como un tambor. La barandilla empinada se pegaba un poco en los dedos. Me sentía avergonzado por aquello, así como por el olor a lejía que nos oprimía la nariz.

Antiguamente, cuando abría la puerta después de que se apagara la luz del automático, metía la llave en la cerradura con un movimiento infalible. Pero esa noche tardé por lo menos dos minutos en conseguirlo.

Un farol de cristal amarillo iluminaba nuestro vestíbulo. Estaba suspendido del techo por un cordón triple trenzado que terminaba en unos madroños. Las arañas se lo estaban pasando en grande. El papel de las paredes se había ahuecado con la humedad.

—¿No se ha ocupado nadie de este alojamiento después de la muerte de su madre?

—Sí, la portera, pero muy mal, como puede ver.

Hice entrar a mi compañera en el comedor.

—Un episodio de la vida real, ¿eh? —me lamenté señalando los pobres muebles, el cubretiestos de cobre, los mantelillos bordados, los visillos de cruzadillo, las pantallas de cuentas y los horribles grabados de las paredes.

Ella no contestó.

Le enseñé la mesa ovalada sobre la que descansaba una estatua de bronce, que era el orgullo de mi madre y que representaba un atleta con unos músculos increíbles, inclinado para lanzar un disco. Aquella rueda era ridículamente pequeña, así como el atleta que parecía estar desarrollando un esfuerzo desmesurado para tan poca cosa.

—Mire, aquí hacía los deberes, en esta mesa, ya que, excepto en las grandes solemnidades, comíamos siempre en la cocina. Durante años yo creía que todo esto era de muy buen gusto. Después, un día, lo comprendí y me dio vergüenza. No obstante seguí amando este ambiente. Y además, entonces tenía siempre ese sentimiento de seguridad que he perdido para siempre.

Ella tenía los ojos llenos de lágrimas. La llevé a la cámara mortuoria. No tuve que explicarle nada; lo comprendió. Contempló aquella habitación angustiosa durante largo rato, en la que yo trataba de encontrar una sombra querida.

Fue ella quien me condujo a mi habitación.

—¿Va a seguir viviendo aquí?

—No lo sé.

—¿No tiene ningún proyecto?

—Pienso volver a marcharme. Sólo que antes quiero intentarlo y

quedarme aquí. Es por mi madre, ¿comprende?

»Murió aquí, sola, durante mi ausencia. Quiero tratar de compensárselo con mi presencia viviendo aquí, yo solo, con la suya.

Mi voz se cortó, aunque yo creía que era bien firme. Apoyé la frente contra la pared y me restregué los ojos con los puños cerrados, lo más fuerte que pude.

En casa de un vecino cantaban en la radio «Torna a Sorrento».

La mujer me puso las manos en los hombros y sentí que apoyaba la cabeza en mi espalda.

—Dígame su nombre, de todas formas —murmuró.

3

EL PASEO

Fue a sentarse sobre la cama. Murmuraba, a media voz, para sí misma, un nombre: «Albert…, Albert.»

Viéndola así, sentada sobre mi cama con el abrigo abierto, pensé que era la primera mujer que entraba en mi habitación y creo que me puse colorado.

—Se parece extrañamente a la persona que yo quería.

—¿De veras?

—¿Es acaso poco correcto que se lo diga, en este momento?

Hizo un gesto vago, como queriendo decir, «no tiene ninguna importancia».

—¿Cómo era ella? —me preguntó la señora Dravet.

Ya se lo he dicho, como usted. Tal vez no tan morena y un poco más alta. Pero tenía la misma forma de cara y los mismos ojos, a la vez intensos y pensativos.

—¿Ha sido debido a ese parecido por lo que se ha fijado en mí?

—No.

—¿La sigue queriendo?

La pregunta me dejó perplejo. Nunca me lo había planteado después de la muerte de Anna.

—Sea cual sea la intensidad de lo que se experimenta por un ser desaparecido, no puede ser amor.

Me deslicé hasta quedarme de rodillas sobre la alfombra estropeada. Me abracé a sus piernas fervorosamente, mientras que sus manos largas y elegantes se aproximaban a mi rostro para

acariciarlo con gran dulzura y tristeza.

—¡Siempre será como un niño pequeño y salvaje, Albert!

—¿Por qué?

—No lo sé, pero lo siento.

Le solté las piernas y tomé su mano. Me la llevé a los labios. Tenía la piel fina y sedosa, con una tibieza turbadora.

—Es la mano más hermosa del mundo —balbuceé.

Sonrió ligeramente, con satisfacción.

—Me gusta que se haya fijado en mis manos. En general los hombres nunca le hablan a una mujer de sus manos.

Fue en ese momento cuando descubrió dos especies de minúsculas estrellas rojizas, junto al borde de la manga. Estaban bastante separadas y aunque eran realmente pequeñas, se distinguían perfectamente en el tejido claro del vestido.

—¿Qué son estas manchas? —murmuró comprendiendo que yo también las había visto.

Me eché a reír.

—¿Se pueden llamar manchas a esas dos cabezas de alfiler?

Mi tono divertido no la tranquilizó. Estaba realmente enfadada. Había bastado una cosa tan ridícula para romper un estado de gracia. Yo me sentía desolado porque el nuestro había cesado bruscamente. Segundos antes del incidente del vestido los dos flotábamos en un ambiente un poco irreal. Aquella mujer ya me pertenecía. Todo lo que decíamos, todo lo que hacíamos, incluso nuestros silencios, nos llevaban hacia esa conclusión lógica que es el amor físico.

Y ahora todo había terminado. El encanto se había roto. Estábamos de nuevo como antes, solos y desamparados, infinitamente solos en el centro de aquella extraña Navidad.

—¿Podría coger un poco de agua para ver si puedo quitarme esto?

Nuestra vivienda no tenía cuarto de baño. Durante veinte años me había lavado en la pila del fregadero. La conduje hasta la cocina. Pero habían cortado el agua, a pesar de que había escrito a la portera para que pagara todos los gastos de la casa. Cuando hice girar el grifo, no cayó ni una sola gota de líquido.

Mi compañera parecía desconsolada.

—Vamos —suspiré—, iremos a un bar.

Y fue así como salimos. Al verla pasar por la puerta, pensé que todo había dependido de un minuto de silencio para que la tomara en mis brazos. Sentía un desconsuelo doloroso, como si fuera una inmensa pesadumbre que me afectara en toda mi carne.

¿Cuántas veces, de joven, había soñado en mi lecho de muchacho que abrazaba a una mujer? No era nunca la misma. Yo le ponía a mi compañera inventada los rostros de las muchachas que había visto a lo largo del día: el de la dependienta que me había sonreído, el de la dama elegante a la que había mirado hipócritamente descender del coche; a veces se trataba, simplemente, de la artista cuyo retrato aparecía en la portada de una revista.

Con bastantes años de retraso, y de una forma mucho más maravillosa que la de mis sueños, había estado a punto de llevarlos a cabo.

—Parece que está preocupado —señaló mientras que volvíamos de nuevo a deambular por las calles vacías.

—Sí, un poco.

—¿Por qué, Albert?

—No me llame Albert, se lo suplico.

—¿Es que no sé pronunciar su nombre?

—No.

Le contesté sin grosería, solamente por el deseo de ser sincero.

—Para pronunciar bien el nombre de un hombre hay que amarle.

—Parece como si me odiara.

—Es cierto.

—¿Por qué?

—Creo que es injusto sentir por usted un sentimiento que no es compartido.

—Y ¿quién dice que yo no lo comparto?

—Es evidente. El flechazo, el verdadero, está reservado a los hombres. Las mujeres son demasiado listas para alcanzar en unos instantes las cimas del amor.

Ella se detuvo.

—Béseme —me pidió.

Era casi una orden. Su voz tenía como una decisión desafiante.

La cogí por la cintura y aplasté mi boca contra la suya. Su beso

me volvió completamente loco.

Cuando nuestros labios se separaron nos pusimos a andar de nuevo, muy deprisa, como la gente que tiene miedo.

—Le hubiese gustado… antes, en su habitación, ¿verdad?

—Sí.

—Y no me odia un poco.

—Ya no. Es mejor así.

Ella se encogió de hombros.

—Claro que es mejor así. Hay que ser un hombre para pensar lo contrario.

Pasamos por delante de un café que estaba abarrotado. Entramos y nos quedamos en la barra, ya que todas las mesas estaban ocupadas. Había un tocadiscos sonando. Los jóvenes endomingados, con gorros de papel, acompañaban la música tocando instrumentos silbantes.

Al fondo del establecimiento había cuatro hombres jugando a las cartas. ¡En Navidad! Era asombroso.

—¿Me permite un momento?

Caminando airosamente se dirigió pasando entre los bebedores en dirección a los lavabos. Pedí un café muy fuerte y me puse a esperar, observando cómo funcionaba la caja de música que emitía destellos multicolores. El disco giraba verticalmente como una muela de torno y el brazo del tocadiscos parecía una biela.

—Ya está. El daño está reparado.

Me estaba enseñando el borde húmedo de la manga.

—¿Qué había sido?

—Salpicaduras de una vela roja.

Confusamente aquella afirmación me sorprendió. Yo había visto las dos manchas. Sabía bien que aquello no era sebo.

—¿Qué va a tomar?

—Nada. Tengo que volver ya. No olvide que la niña está sola.

A la luz de la luna los establecimientos Dravet parecían un juego de cubos. La grasa del barrio aún no había dado su pátina a las paredes y su resplandor blanco se destacaba crudamente en la noche de diciembre.

—Bueno, vamos a despedirnos. ¿Qué hora es?

Miré el reloj.

—Las doce menos cuarto.

—Dentro de quince minutos va a volver a nacer el Hijo de Dios, de nuevo. ¿Cree que acabará por redimir algún día los pecados del mundo?

De repente sentí una tristeza de muerte.

—No me importan nada los pecados del mundo, señora Dravet. ¡No me importa el mundo! Lo que me interesa es usted. Me pongo malo de pensar que tal vez no nos volvamos a ver…

—¡Claro que nos volveremos a ver!

—¿En la otra vida? —gruñí.

—No sea injusto. ¿Pasa a tomar una última copa para esperar esta noche fatídica?

¡No dejarla todavía! ¡Poder verla aún! ¡Oírla un poco más!

—Sí, sí, sí.

Volvió a abrir el oscuro portal. Entré de nuevo en el patio, con sus camiones alineados contra la pared y sus vidrieras sujetando aquellas montañas de papel, con su olor a cola y a cartón.

—¿Qué encuaderna su encuadernador?, ¿libros?

—Sí, pero sobre todo fabrica agendas…

Cuando estuvimos de nuevo en el montacargas se avalanzó bruscamente contra mí y mientras que la caja de acero se elevaba, volvió a besarme ardientemente, casi con tanta pasión como la primera vez.

El aparato se detuvo y seguimos estrechándonos ferozmente. Ella había pasado una de sus piernas entre las mías; yo la apretaba frenéticamente. Ya sólo éramos un mismo aliento, una misma boca.

—¡Vamos! —dijo de repente, rechazándome.

Su movimiento fue tan violento que me hizo dar una vuelta. Abrió la puerta corredera y repitió, casi maquinalmente, como lo había hecho la vez anterior:

—¡Cuidado con el escalón!

4

LA SEGUNDA VISITA

Entramos en su casa sin hacer ruido para no despertar a la niña que estaba dormida. Hasta que no hubo cerrado la puerta, no dio la luz. Entonces lanzó un grito.

—¿Qué pasa? —balbuceé, preocupado.

Tenía los ojos fijos en el perchero del vestíbulo. Había un abrigo gris oscuro, con el cuello de terciopelo, colgado de la percha.

Aunque, ese abrigo, no estaba allí cuando nos fuimos.

La prenda la dejó fascinada. No respiraba y aprestaba el oído como tratando de adivinar la calidad del silencio, la naturaleza del peligro.

¡Porque había peligro!

Yo lo presentía con tanta certeza que apagaba en mí cualquier escalofrío.

—¿Es el de su marido? —murmuré.

Asintió haciendo un gesto breve con la cabeza.

—Entonces, ¿«Él» está aquí?

Iba a seguir hablando, pero con un gesto enérgico me amordazó con la mano.

Se empeñaba en escuchar. Lo verdaderamente angustioso era aquel abrigo colgado allí, y el silencio absoluto que reinaba en el apartamento.

Separé su mano y la conservé en la mía, como para infundirle valor. Oía latir su corazón con fuertes latidos. Articulando exageradamente cada sílaba como para hacerla audible sin tener

que pronunciarla, le pregunté:

—¿No tenía que venir?

Dijo que «no» con la cabeza.

—Tal vez haya venido a cambiarse de ropa y se ha vuelto a marchar.

Se encogió de hombros. Dudaba.

—¿Se habrá acostado?

Sólo se entendían las consonantes silbantes que pronunciaba. Debía parecer un mudo. Pero incluso los mudos hacen ruido.

De nuevo me dio a entender que no.

Lo que parecía preocupar a aquella mujer era no tanto el peligro que podía constituir aquella presencia, como su aspecto insólito.

—¿Quiere que me vaya?

Temía parecer un cobarde diciéndole aquello. El galán que se larga en estos casos es un personaje mezquino. Además no tenía ningún deseo de huir.

Estaba perfectamente dispuesto a enfrentarme con la cólera de un hombre celoso. Tenía dentro de mí una energía desperdiciada que no deseaba otra cosa que poder exteriorizarse.

Ella dudaba en contestarme. Yo comprendí la confusión de su espíritu. Ella ya no sabía qué hacer. ¿Deberíamos huir o hacer frente?

Se decidió de repente. Con una voz casi firme, gritó:

—¿Estás aquí, Jerome?

Silencio. Un silencio penetrante que se clavaba en nuestros nervios en tensión.

Me encogí de hombros.

—Le digo que se ha vuelto a ir. Al no encontrarla, habrá decidido terminar la noche en otra parte…

Esta vez había hablado normalmente.

La mujer admitió esta hipótesis cerrando los párpados. No había nadie en el salón porque la luz estaba apagada. Fue hasta el final del pasillo abriendo todas las puertas. Una de ellas daba a la habitación de la niña y empezó por aquella. Yo me adelanté y vi a la pequeña Lucianne, tranquilamente dormida en una camita de madera clara. Tenía «Patos Donald» de contrachapado sobre las paredes y juguetes por la alfombra.

La puerta de enfrente a la de la habitación de la niña era la de

su dormitorio. No había nadie en aquella estancia. La cama no estaba desecha. Era una cama portuguesa, con dos columnas a los pies y un cabecero terriblemente recargado.

—Ya ve que no hay nadie.

Para mayor tranquilidad echó un vistazo en la cocina y después al comedor.

¡Tampoco había nadie!

Entonces pareció tranquilizarse.

—No comprendo por qué ha venido a media noche. Es tan poco habitual en él…

—Tal vez querría desearle una feliz Navidad.

—¡El! ¡Se nota que no le conoce!

—Desde luego esto es un misterio… vamos a tomar algo. Van a dar las doce.

Yo la tomé por el talle.

—*¡Es medianoche!*

Levanté el dedo:

—¡Escuche!

Un reloj del barrio desgranaba las doce campanadas lentamente. Su timbre grave vibraba en el aire inmóvil de la noche.

—Béseme —suplicó de repente—. ¡Tengo miedo!

Volví a tomarla en mis brazos.

—¡Más fuerte, más fuerte! —Ella se apretaba contra mí con tal frenesí que me asustó.

—Vamos, cálmese. Miedo, ¿de qué? Estoy yo aquí.

Abrió la puerta de cristales del salón y encendió la luz.

El espectáculo era horrible. El hombre estaba medio estirado sobre el sofá que yo había ocupado durante mi primera visita. Tenía una pierna sobre los cojines y la espalda sobre el brazo del sofá. Llevaba un traje azul noche. Su mano izquierda colgaba a lo largo de su cuerpo y la mano derecha estaba completamente retorcida entre su mejilla y el respaldo del sofá. Tenía parte del cráneo levantado. Entre la sien derecha y la coronilla, todo era una herida latente. La bala había deshojado la caja del cráneo y fue a rebotar en el techo, haciendo caer una gran porción de escayola.

El muerto tenía los ojos cerrados, los labios ligeramente

entreabiertos y se veía brillar un diente de oro en la parte delantera de la boca.

La mujer no dijo nada. Me recordó un árbol joven al que se le troncha la base de un hachazo, pero que no cae inmediatamente. Rápidamente la cogí por los hombros para llevarla de nuevo al vestíbulo.

Tenía una palidez horrible y le temblaba la barbilla.

Se quedó mirando el abrigo colgado en la percha como si también se tratara de un cadáver.

—¿Es su marido? —acabé preguntándole con un tono de voz apenas audible.

—Sí.

A lo lejos se oían «Medianoche Cristianos». Aquel cántico nacía del espacio como el viento llega del infinito.

Se oían fragmentos bajos, luego se elevaban bruscamente.

Volví al saloncito. Aquel muerto junto al árbol era alucinante. Se trataba de un hombre de unos treinta y dos o treinta y tres años, de rasgos bastante aristocráticos. La barbilla cuadrada, levemente prominente, revelaba que era un hombre de acción.

Con cuidado di una vuelta alrededor del sofá. No quería tocar nada, sino solamente mirar. Descubrí el revólver entre el cuerpo del hombre y el respaldo del mueble. Al morir lo había soltado.

Ya llevaba muerto un rato. Posiblemente poco después de nuestra partida. Había sangrado mucho y la sangre se había extendido sobre los cojines. Busqué a su alrededor alguna carta que explicara las razones que le habían conducido a destruirse, pero no encontré nada. Tal vez la carta sería encontrada en su ropa, más tarde…

Un ruido leve me hizo girar la cabeza. Vi a la mujer de pie, junto al marco de la puerta, con la cabeza apoyada en el montante. Miraba a su marido muerto con una mirada más incrédula que realmente asustada.

Ella no lo comprendía.

—¿Está realmente muerto? —me preguntó.

—Sí.

La pregunta era superflua. Cuando un hombre tiene un agujero en un cráneo tan abierto como aquél, es evidente que no está vivo.

¿Cómo demonios se le había ocurrido suicidarse delante de

aquel alegre árbol de Navidad, que era un himno a la vida?

El carrito de las bebidas seguía en frente del sofá. Allí estaban nuestros dos vasos, uno junto al otro, conteniendo, respectivamente, uno un poco de jerez, y el otro un poco de coñac.

—Es horrible —murmuró la señora Dravet, acercándose al muerto.

—¡No le toque! —le aconsejé. Es muy importante.

—¡Oh!, sí… ¿Por la policía?

—Eso es, por la policía. En este tipo de suicidios el menor detalle puede tener tanta importancia…

—¿Suicidio?

—Se ha disparado una bala en la cabeza, es evidente.

Parecía que ella no podía creérselo realmente.

Hubo un momento de indecisión. Sabíamos que debíamos tomar medidas, pero nos costaba trabajo comportarnos de forma sensata.

Yo me preguntaba qué sentiría ella. ¿Estaría triste? Estuve a punto de preguntárselo, pero delante del cadáver era imposible.

—¿Hay que llamar a la policía?

—¡Desde luego!

Pero no se movió. La herida del muerto la tenía cautivada.

Todo había sucedido tan rápidamente…

La prueba: el reloj que oyéramos antes volvía a tocar la medianoche. La instantaneidad de una pesadilla. Soñamos aventuras horribles, nos debatimos entre maleficios sin nombre y después, bruscamente, nos damos cuenta que la fantasmagoría ha durado el tiempo de un abrir y cerrar de ojos. Únicamente que para nosotros continuaba. El cadáver era un cadáver verdadero al que mirábamos fijamente, creyendo descubrir a veces un estremecimiento en aquel cuerpo caído de lado. Queríamos sugestionarnos. Esperábamos que aquel mal sueño terminara. Pero no se trataba de un sueño. La realidad tiene mucha paciencia.

Al final, la señora Dravet reaccionó y abandonó la estancia bruscamente. La escuché alejarse por el pasillo. Al cabo de un momento el disco del teléfono empezó a girar. Entonces me di cuenta de algo terrible. Y era algo de lo que no me había dado cuenta antes.

Me lancé como un loco fuera del salón.

Ella estaba en su habitación sentada sobre un puff con el aparato sobre las rodillas. Acababa de terminar la llamada cuando le arranqué el teléfono de la mano.

El aparato cayó sobre la cómoda, rompiendo un frasco de perfume. Un olor penetrante a nardos se extendió inmediatamente por la habitación.

Aquella mujer joven parecía haberse vuelto loca.

—Pero ¿por qué…?

—Espere un momento antes de llamar a la policía.

Lo que tenía que decirle se me hacía muy duro.

—Pero, hay que hacerlo —protestó.

—Sí, hay que hacerlo. Lo que ocurre es que no puede hablarle de mí a la policía. Yo no puedo verme mezclado en una historia de este tipo.

Ella estaba muy abatida, pero continuaba lúcida. Vi brillar un destello de desprecio en su mirada. Bruscamente me había convertido para ella en un pobre visitador de fiestas molesto de haberse visto conducido a una trampa semejante y alocado ante la perspectiva de complicaciones.

—Sé lo que está pensando, pero se equivoca. Si le pido esto es por su propio interés. Mi presencia en su casa esta noche, puede perjudicarla. Estoy muy lejos de servirle de ayuda.

Apenas respiraba. Tenía la boca ligeramente entreabierta. La mirada parecía que iba a desvanecerse. Su estado de postración me alarmó.

—¿Se encuentra mal?

—No. ¡Hable!

Hablar. Era tan difícil después de lo que acababa de pasar.

—Ya le he contado mi vida al principio de la velada. Pero de una forma incompleta, porque el resto no se puede contar.

Volví a callarme de nuevo. A punto de estallar, ella se puso a gritar.

—Pero, ¡hable! ¿No ve que ya no puedo más…?

—Aquella mujer con la que yo había huido… Al cabo de tres meses, su amor se enfrió y quiso marcharse. Entonces yo… yo la maté. Fue una crisis pasional. Esa fue la expresión menos dura con que mi abogado calificó mi crimen. Me juzgaron en Aix-en-

Provence y fui condenado a diez años… Me pusieron en libertad ayer de la prisión de Baumettes de Marsella. Conseguí una remisión de la pena.

Había hablado de un tirón, sin mirarla. Observaba fijamente el aparato telefónico que estaba boca abajo. Parecía un animal muerto. Lo recogí y puse el auricular sobre su receptáculo.

—Soy una persona con antecedentes penales, señora Dravet. Si la policía se entera de que hemos pasado parte de la tarde juntos, el suicidio de su marido les va a parecer sospechoso, ¿comprende? Ahora que conozco a la «poli», sé que están siempre dispuestos a imaginar lo peor.

Se cogió la cabeza con las manos. Para ella la pesadilla continuaba. Tenía extrañas prolongaciones.

—Entonces —murmuró— no se puede sospechar de nosotros. Estábamos juntos. No nos hemos separado.

—¿Quién puede probarlo? Usted y yo. Si la policía se imagina que somos cómplices, nos veremos metidos en un lío. Sólo ayudan a los ricos. ¿No se da cuenta de que yo ya he matado a una persona?

Me lanzó una mirada despavorida e inició un movimiento de rechazo. Aquella mujer acababa de darse cuenta de que yo era un asesino y experimentaba lo que todo el mundo siente en su caso: Miedo, mezclado con repulsión.

—¡Váyase!

—Sí, señora.

—Salga inmediatamente de aquí —insistió con voz amenazadora.

—Tal vez deberíamos ponernos de acuerdo.

—¡No! ¡Yo no le conozco! Cuando haya salido de aquí será como si no le hubiera visto nunca. ¿Me comprende?

—Como usted quiera. Pero la policía…

—Yo me encargaré de eso. ¡Váyase!

Salí de la habitación, retrocediendo, desconcertado por aquella mirada maligna. Durante las dos o tres horas que habíamos estado juntos, había creído que era débil y que se sentía desamparada, y de repente, cuando las circunstancias eran adversas, se volvía extrañamente fría y decidida. Ya no se comportaba como una víctima. Había en todo su ser algo despiadado que me hacía daño. Intentaba recordar aquella expresión breve de ternura que puso

cuando la tomé en mis brazos.

Ya no era la misma mujer.

De nuevo en el vestíbulo me sentí desengañado.

Aquí había un hombre muerto y yo estaba en su casa, sin una razón explicable, y ¡acababa de salir de la cárcel!

Me pareció que aquel apartamento estaba sembrado de trampas para lobos. Iba a salir, pero me acordé de que mi vaso de coñac estaba a medio metro del cadáver.

Debía contener una magnífica muestra de mis huellas dactilares.

Entré en el salón para limpiarlo con el pañuelo. Limpié además el cuello de la gruesa botella de coñac y luego, para mayor tranquilidad, el borde del carrito de las bebidas y el mármol de la chimenea. Después froté el picaporte de la puerta del salón.

Cuando estaba guardándome el pañuelo en el bolsillo del abrigo* encontré la caja arrugada que había contenido el colgante del árbol de Navidad. ¡Iba a olvidármelo! Dudaba que mis huellas pudieran haber quedado impresas en aquella superficie rugosa, pero era mejor no dejar nada tras de mí.

Me acerqué al piano. Alargué la mano para coger la jaulita plateada y me quedé con el brazo en el aire, como atacado por la parálisis: la jaula y su pájaro de terciopelo habían desaparecido.

Separé las ramas del árbol para ver si, por casualidad, se había caído, pero por mucho que las busqué, no las vi en ninguna parte. *Alguien la había hecho desaparecer*.

Oí los pasos de la señora Dravet en el vestíbulo.

—¿Todavía no se ha ido? —dijo extrañada.

Me miraba con recelo. Miró mis manos, después el cadáver de su marido. ¿Pensaría que yo habría cambiado algo?

Cada vez se parecía más a Anna. Tenía esa mirada ausente que tenía Anna cuando me dijo «todo ha acabado entre nosotros», y que volvería a su vida conyugal.

Y aún así, hubiera querido cogerla entre mis brazos una vez más y decirle palabras tranquilizadoras.

—Discúlpeme, señora. Me voy.

Me abrió la puerta del descansillo. Creo que murmuró «adiós», pero no estoy seguro.

5

EL BUEN CONSEJO

La puerta se cerro bruscamente tras de mí, y me encontré perdido en las tinieblas. De abajo subía un olor penetrante de cola de papel. Encendí una cerilla para poder orientarme. A la izquierda estaba la escalera y delante de mí la caja del montacargas.

Entré en la cabina de acero. Parecía un ascensor de hospital de los que se emplean para subir a la gente en posición horizontal, en camilla; era así, alargada.

Busqué el panel de mando. La llama de la cerilla me lamía ya los dedos. Vi dos botones, uno rojo y otro negro. El rojo estaba encima del otro. Lo apreté. La cabina se deslizó lentamente con un gran estremecimiento eléctrico. Dejé caer la cerilla que terminó de consumirse en el suelo. Un pequeño serpentín blanco empezó a arder. Lo aplasté con la suela y el débil resplandor se desvaneció.

Viendo los dos camiones estacionados en el patio pensé en el coche de Dravet. ¿No habrá venido a su casa a pie? En ese caso, ¿dónde estaba el coche? Miré bien a mi alrededor y no lo vi. Tampoco estaba en la calle. ¿Le habría traído alguien? ¿Sería ese alguien el que se había llevado mi pequeña jaula de cartón salpicada de pajitas plateadas?

La desaparición de este objeto me preocupaba casi tanto como la muerte del encuadernador.

Di algunos pasos con las manos rabiosamente hundidas en los bolsillos del abrigo. Odiaba a la humanidad por su inclemencia. Después de haber estado aburriéndome durante seis años en la

cárcel; después de haber desgastado mis remordimientos hasta el absurdo y de haber sufrido insomnios más crueles que las pesadillas, volvía a caer en la sangre, en el drama. Si Anna había muerto debido a mi desesperación, su fin no me había curado. Seguía arrastrando mi agonía. Había tenido, en seis años, dos horas de olvido junto a la señora Dravet. Era bien poco.

Debía de haber salido huyendo de aquel barrio, irme lo más lejos posible y mezclarme en la alegría de los demás que zumbaba como una hoguera.

Pero existía una fuerza secreta que me retenía en las proximidades de la casa. No acababa de aceptar esta situación extravagante. No podía consentir dejar sola, con una niña dormida y el cadáver de un hombre, a la mujer a la que debía tal vez los instantes más culminantes de mi vida. Entre nosotros sólo había habido dos besos que sabíamos sin futuro; pero nos habían unido más fuertemente que los abrazos desenfrenados; de una forma más definitiva que una unión legal, incluso más fuerte que un sacramento.

Ella me había expulsado prácticamente de su casa. Tenía la mirada cruel de la mujer que no perdona al hombre que le agrada por decepcionarla. La había decepcionado por mi impotencia para ayudarla. Ella había comprendido que su propio interés exigía que yo desapareciera. Sí, ella lo comprendió, pero no lo admitía.

Al borde de la valla, una parada de obra cercada por una valla. En medio de un viejo solar abandonado se levantaban unas grúas gigantes y pirámides de materiales que conferían al lugar el aspecto de un puerto.

Al borde de la valla una parada de autobús, con una marquesina acristalada. Me deslicé dentro de aquella especie de habitáculo. Me levanté el cuello del abrigo antes de sentarme en un banco de piedra.

Quería esperar, cerca de ella, el desarrollo de los acontecimientos. Tal vez me necesitara. No podía prever de qué manera, pero tenía una intuición secreta.

Iba a venir la policía. Harían comprobaciones. ¿Cómo saldría la señora Dravet de este mal paso? No podía pretender que creyeran que se había quedado en casa y que no había oído la detonación. Por otra parte, si decía que había salido, los polis le preguntarían

dónde había ido, y eso tampoco podía decirlo… A menos que… ¡Pero sí! ¡Era una buena idea!

Deje el refugio para correr en dirección al café más próximo. No era el mismo en el que habíamos entrado antes, sino una taberna «auvernesa»[1] que, excepcionalmente, permanecía abierta hasta muy tarde aquella noche.

No tenía nada más que tres mesas y un mostrador pequeño. El local era estrecho y estaba dividido en dos. En el otro lado vendían paquetes de carbón de encina y leños.

Los dueños y media docena de clientes habituales celebraban la fiesta. En el centro de la mesa había una sartenada de morcilla blanca que olía deliciosamente a mantequilla caliente.

Los comensales habían bebido demasiado y no hablaban. Parecía que estaban más bien tristes.

Me miraron como a un intruso.

—El teléfono, por favor.

El dueño, un hombre bajito y gordo, con bigote y con una nariz como la piel de un sapo, se levantó suspirando. Llevaba la servilleta en la mano.

—Está en la tienda de al lado.

Me condujo hasta allí y se quedó esperando, con gran desvergüenza, limpiándose los dientes con la punta de un cuchillo.

Antes de salir de la casa me había aprendido por casualidad el número de teléfono de los Dravet que estaba pintado en la puerta. Lo marqué lo más rápidamente que pude, pero desde que había estado en la cárcel, entre otras costumbres, había perdido la de usar un aparato automático. Tuve que marcar el número varias veces.

Al fin oí la señal. ¡Dios mío! Con tal de que la policía no estuviera ya allí.

La llamada se repetía con una regularidad enloquecedora. Iba a desistir, como si de una causa perdida se tratara, cuando alguien descolgó y escuchó, sin decir una sola palabra, ni siquiera el consabido e instintivo «diga».

Tenía la garganta seca. Sin duda, era un inspector el que estaba al otro extremo del hilo telefónico. Conocía bien los métodos de la policía…

Mi pensamiento volaba tan de prisa que experimentaba una especie de vértigo. ¿Qué podía hacer? ¿No hablar? Eso parecía algo turbio. ¿Hacer como que me había equivocado de número? No me sentía capaz de engañar. Estaba seguro que al hablar haría algún gallo.

—Soy yo —balbuceé tristemente.

La voz de la señora Dravet me pareció la más dulce de las músicas.

—Me lo había parecido. ¿Qué quiere?

—¿Está sola?

—Sí.

—Ha avisado…

—Estoy esperando a la policía.

—He pensado, creo que… en fin, podría usted decir que había ido a la misa del gallo para explicar su ausencia…

—No se preocupe por eso. Le pido encarecidamente que no se ponga en contacto conmigo de ninguna manera.

Colgó el teléfono.

El tabernero bigotudo había terminado de limpiarse los dientes.

En el salón del local los comensales trataban de hablar, pero tenían la voz vacilante.

—Eugene —llamó la patrona—. Se te va a quedar fría la comida.

—Ya voy.

Apagó la luz del segundo local sin esperar siquiera a que yo hubiera salido. Los asistentes me miraban con curiosidad y con los ojos llenos de vino.

Antiguamente, mi madre y yo, teníamos una curiosa costumbre para celebrar la Navidad. Nos encerrábamos en casa. Yo extendía sobre el mármol del trinchero un nacimiento de figuritas de escayola desportilladas. Cenábamos pollo frío y una botella de champán y pasábamos la velada a la luz tintineante de unas velas gordas que tal vez servirían para el año siguiente…

—¿Qué va a tomar?

Miré al patrón.

—¡Quita el picaporte cuando se haya ido el señor! —gritó la mujer.

—Aguardiente.

Me llenó un vaso que apenas era más grande que un dedal de

coser. Sobre el mostrador de estaño dos estrellas de vino rojo me recordaron las dos pequeñas manchas de la manga de la señora Dravet.

Pensé en su prisa por hacerlas desaparecer. Ahora estaba seguro de que aquello era sangre. Aquella idea me preocupaba.

Pagué y salí sin beberme el aguardiente. Sólo al cabo de unos cuantos pasos me acordé del vasito.

Con toda naturalidad volví al refugio de la estación de autobuses para observar la casa de enfrente. No había ningún coche de policía estacionado cerca de los establecimientos Dravet. ¿Estarían los servicios de auxilio de la policía desbordados aquella noche? ¿Por qué tardaban tanto? Había pasado más de un cuarto de hora desde que yo había salido del apartamento.

Al llegar a casa de la señora Dravet, cuando llevaba a su hija dormida en mis brazos, había tenido una sensación de angustia fugaz. Me pareció franquear el umbral de un laberinto misterioso para hundirme en unos extraños dédalos sin luz. Ahora esta sensación se repetía, aún más fuerte, más real.

El gran portón negro tenía las letras claras, como la tapa de un libro espantoso que relatara la tenebrosa historia de una pareja.

Una mujer sola con su niña en la noche de Navidad. Un marido que venía a matarse delante de un abeto engalanado.

Dos manchas de sangre en una manga.

Un adorno de cartón desaparecido de la rama de un pino…

Y un cuarto personaje: ¡Yo!, ¡yo jugaba, en cierto modo, un papel importante: el del testigo.

Un ligero chirrido me hizo estremecer. El portal del taller se estaba abriendo.

La señora Dravet, con su abrigo de astrakàn puesto, salía de su casa llevando a la niña de la mano.

6

EL SUBTERFUGIO

Cerró el pesado portón detrás de ellas, olvidando hacerlo con la llave. Después miró a derecha e izquierda, en cierto modo como una persona que no sabe qué dirección adoptar.

En realidad yo creo que me buscaba. Mi instinto me advirtió y me pegué contra el ángulo del refugio. Ella dudaba de encontrarse o no frente a frente conmigo. Sin embargo no podía negar mi deseo de ayudarla.

La pequeña, a la que había despertado, lloriqueaba dulcemente, correteando al lado de su madre. ¿A dónde iban así? De repente sentí miedo de que la señora Dravet hubiera tomado alguna decisión funesta. ¿Sería tal vez esa la única salida posible para aquella mujer? ¿Tal vez estaría ya harta de luchar? Cuando iba a llamar a la policía debió tener una debilidad.

Cuando tuve delante de mí el cadáver de Anna, a mí también me había parecido que mi existencia no podía continuar. Quise quitarme la vida, apearme de ella como uno se apea de un vehículo en marcha. Para hacerlo me puse el cañón aún humeante del revólver entre los dientes. El olor de la pólvora me ahogaba. Y creo que sólo un golpe de tos me impidió llevar a cabo mi propósito.

Las dos siluetas se alejaban en la noche fría. Se encaminaron en dirección al centro. A lo lejos, delante de ellas, un halo luminoso inundaba el cielo de París. Les di un poco de ventaja antes de salir de mi refugio para seguirlas.

Se paraban de vez en cuando. La señora Dravet se inclinaba

sobre la niña para hablarle. Después seguían andando a una velocidad incierta. La madre caminaba lentamente, pero aun así la pequeña debía forzar su paso.

Atravesaron una plaza vacía y de repente al ver el edificio de una iglesia con las vidrieras iluminadas, al fondo de una explanada, comprendí que aquella mujer joven seguía mi consejo. Iba a la Misa del Gallo. En lugar de mentirle a la policía, estaba preparando una sólida verdad. Aquello era mucho más astuto.

Cuando a mi vez entré en el edificio, estaba sonando la chillona campanilla de la consagración. La iglesia estaba vil repleta y tuve que quedarme de pie, cerca de la puerta, en medio de un montón de gente recogida. Todos tenían la cabeza inclinada. Me hubiera gustado intentar rezar a mí también. Pero sólo podía pensar en aquella mujer perdida entre la muchedumbre de fieles.

Sólo ella contaba. Estaba jugando un juego peligroso y yo experimentaba cada vez con más intensidad el deseo de ayudarla. Aprovechando que los asistentes estaban fervorosamente inclinados, miré alrededor. La señora Dravet estaba en la entrada del pasillo principal. Miraba al altar donde el sacerdote elevaba la hostia y parecía estar en un éxtasis edificante. ¿En qué estaría pensando en ese momento? ¿Tendría miedo del peligro que pendía sobre su cabeza? 0 bien ¿recordaba sus amores con Jerome Dravet? ¿Qué le pediría a Dios: la salud de su cuerpo o la de su alma?

El órgano estalló en música con un vigor inexpugnable.

Se produjo un gran revuelo entre los asistentes: un ruido de sillas que se movían; un movimiento masivo de pies. Después la voz del coro se elevó. Cuando algunos fieles abandonaban ya la iglesia, la señora Dravet avanzó buscando una silla vacía.

Se metió en un banco cercano al púlpito y desapareció de mi vista.

En aquel momento creo que estuve a punto de salir. En la paz celeste de la iglesia, sentía duramente el peso de la fatiga de aquella jornada y más aún que la fatiga las emociones de la noche pasada. Necesitaba una buena habitación en un hotel, que diera preferentemente sobre un patio. ¡Oh!, y correr las cortinas, para echarme sobre el lecho, y olvidarme de todo. Mi primera noche de libertad la había pasado en el tren donde no había podido pegar un ojo debido al cambio brutal de ambiente. La vigilanta del

compartimento me recordaba a la de mi celda. ¿No seguía todavía en una prisión? Una prisión que se desplazaba a cien kilómetros por hora, y en la que yo cohabitaba con seres tan deprimentes como los de Baumettes.

La ceremonia continuaba entre un resplandor de cirios. Ahora todo el mundo estaba cantando el nacimiento de Cristo. Yo me sentía desfallecer. Me apoyaba a veces sobre una pierna y luego sobre la otra para tratar de combatir aquel inmenso cansancio.

De repente, al final del cántico, se oyó en la nave el ruido de una silla al caer, seguida, inmediatamente, por el llanto de un niño. Tuve un presentimiento que me hizo mirar en dirección al púlpito. Percibí un cierto ajetreo en aquella parte de la iglesia. Después un pequeño grupo procedente de aquella agitación silenciosa llegó al pasillo central.

Me pareció como si acabara de recibir un puñetazo en pleno pecho. Dos hombres llevaban a la señora Dravet inconsciente hacia la salida, mientras que una señora llevaba a la pequeña Lucianne, que lloraba, de la mano.

Cuando el cortejo llegó a mi altura me acerqué precipitadamente. Loco de angustia, pensando que la mujer se había envenenado antes de ir hacia allí…

—¿Qué le ha pasado? Pregunté a uno de los dos hombres.

—Se ha puesto enferma.

Salimos todos. Bajo el atrio miré a la señora Dravet y vi su mirada extraña a través de sus largas pestañas abatidas. No eran los ojos de una mujer desvanecida, estaban terriblemente alertas por el contrario.

—¿La conoce usted? —preguntó la señora.

—Yo…, sólo de vista. Vivimos en el mismo barrio.

—Hay que llevarla a su casa —decidió uno de los dos hombres —. Si no le importa ayudarnos a sostenerla. Voy a ir a buscar mi coche que está aparcado por aquí.

El hombre que se quedó conmigo debía tener unos cincuenta años y no tardé en darme cuenta de que su mujer era quien se ocupaba de Lucianne.

—Yo no sé lo que le pasó —dijo—. Estaba a mi lado. Se llevó la mano a la frente y se echó para adelante… ¿Cree que será grave?

La señora Dravet, pálida y con las aletas de la nariz apretadas,

representaba su papel maravillosamente.

—Es esta pobre niña la que me da pena —aseguró la mujer.

Acarició la mejilla de Lucianne que expresaba su enfado mirando vagamente a su alrededor.

—La pequeña se ha quedado dormida en la iglesia. Fue su madre quien la despertó al caer…

Me dio miedo de que la niña me reconociera. Pero sólo me había visto a medias en el restaurante, sin prestarme una atención especial.

El dueño del coche regresó conduciendo un Peugeot 403 negro y se detuvo al pie de las escaleras. Abrió la puerta de atrás y nos hizo señas para que bajáramos. Mientras sujetábamos a la seudo-enferma, ésta me dijo en un murmullo, inclinando la cabeza hacia mi lado.

—¡No venga!

Inmediatamente después cuando llegamos al coche, dio un gran suspiro y abrió los ojos.

—¿Está mejor? —preguntó la mujer compasivamente.

—¿Qué me ha pasado?

—Un desvanecimiento. Hacía tanto calor en la iglesia… Estábamos justo al lado de una salida de aire caliente.

—¿Y mi niña?

—Está aquí. Vamos a llevarla a su casa.

—Gracias, señora.

Entonces el marido murmuró, dirigiéndose al conductor del Peugeot.

—Puesto que está mejor y que este señor va con ustedes…

Debía de tener alguna fiesta, o le esperarían algunos amigos.

—Naturalmente —aseguró el automovilista—. Feliz Navidad, señoras, señores…

Era un hombre mayor que yo. Debía tener unos cuarenta años. Era un hombre grande y sanguíneo, llevaba un grueso abrigo de cuero con una bufanda de lana. Era un buen hombre, tierno y sin duda materialista.

Habíamos subido a la señora Dravet en la parte de atrás del coche, con Lucianne.

—¿Por qué sitio es? —preguntó el hombre del abrigo de cuero.

—Al final de la plaza, gire a la izquierda.

—Antes de arrancar miró a su pasajera.

—¿Está mejor?

—Sí, gracias —murmuró.

Mi presencia en el coche la desconcertaba. Corría el peligro de estropear su plan de ataque.

—Espere, voy a bajarle el cristal de la ventanilla. En su caso no hay nada mejor que el aire fresco —continuó el atento conductor.

Yo sostenía a la niña acurrucada contra mí. El hombre dio un gran giro y luego se puso a correr.

—¿Quiere que vayamos a ver a un médico?

—No merece la pena. Se lo agradezco. Ha sido usted muy amable señor…

Se encogió de hombros y murmuró con satisfacción:

—No diga eso…

Al llegar de nuevo al portón oscuro con las letras brillantes, sentí como náuseas. Volvíamos a partir de cero. La joven debía sentir el mismo vértigo desesperado. ¿Con qué derecho me había inmiscuido de nuevo en su destino, después de que ella me hubiera echado?

El hombre del abrigo de cuero dejó el volante y rodeó el coche para ayudar a su pasajera a descender. Mientras pasaba frente a las luces amarillas de los faros, ella dijo sin volver la cabeza:

—Le suplico que desaparezca.

El otro abrió la puerta y le ofreció una mano gruesa y segura.

—Baje con cuidado. ¿Cree que podrá? ¿No quiere que la llevemos junto a su marido?

—No, no. Si quisiera acompañarme hasta el apartamento…

—¡Cómo no!

Y el tipo grandote y jovial me lanzó una mirada picante que bruscamente, sin que pudiera controlarme, me llenó de una rabia helada.

—Yo la sujeto. Ocúpese de la pequeña.

La señora Dravet no pudo evitar mirarme ardientemente. En sus oscuros ojos había de todo: desesperación, miedo, cólera también.

Actué como si no hubiera sorprendido aquella mirada vehemente.

Con gesto decidido cogí a la pequeña en mis brazos.

Habíamos llegado junto al portón.
Todo volvía a empezar.

7

LA TERCERA VISITA

Las campanas tocaban el final del oficio nocturno. No obstante su alegre resonar me hizo el efecto de que tocaban a muerto, ya que sabía lo que me esperaba. Sabía que iba a volver a ver al muerto y que debía comportarme como si le viera por primera vez. ¿Qué ser maligno me impulsaba a volver de nuevo a aquel lugar maldito para representar la más peligrosa de las comedias?

Antes, sólo tenía un pensamiento: librar aquella casa de mi poco recomendable persona para dejar el campo libre a la señora Dravet. Y ahora, despreciando toda prudencia y sin preocuparme de sus juramentos, imponía mi presencia en casa de aquella mujer joven. Mi razón se revelaba. Aún me daba tiempo de inventar algún pretexto para irme. Pero seguía avanzando por el patio.

—¿Es encuadernador su marido?

—Sí.

—Yo trabajo con papel pintado. ¿Verdad que es parecido?

Habíamos llegado.

La segunda puerta. Seguía avanzando por aquel laberinto.

—Está negro como un horno…

—La bombilla está estropeada.

—Tengo un mechero, no se muevan. Espere, ya veo la escalera.

—Es inútil. Hay un montacargas.

Abrió la puerta y entramos en la cabina. La puerta volvía a cerrarse con un deslizamiento característico.

El hombre del abrigo de cuero preguntó con voz dudosa:

—¿Hay alguien en su casa?

Aquella pregunta sin importancia me sobresaltó.

Envidié la voz pura y tranquila de aquel hombre. El no tenía aprensión ninguna, ni siquiera un presentimiento. Era un ser sin complicaciones y sin doblez. Debía amar el trabajo, el placer y al prójimo…

Me daba rabia estar en la oscuridad. Me hubiera gustado poder observar a la señora Dravet. ¿Tendría el valor suficiente para llevar el juego hasta su fin?

Abrió la puerta sin temblar. Fue ella la que entró en primer lugar y accionó el conmutador del vestíbulo.

Ella evitaba mi mirada. Estaba un poco pálida, era cierto, pero para aquel hombre no acababa de recuperarse de un desvanecimiento.

—Voy a pasarles al salón —anunció con una voz algo sorda, pero que no temblaba.

Apreté la mano de la pequeña Lucianne.

Me resistía a mostrarle a la niña el horrible espectáculo que nos esperaba. La señora Dravet encendió el salón. Después se apartó para dejarnos pasar. Yo esperaba, de un momento a otro, el grito angustiado del hombre del abrigo de cuero.

—¡Oh que árbol tan bonito! —dijo, franqueando la entrada.

Entonces le aparté para mirar más de prisa.

Ya no había ningún cadáver en la habitación.

—Siéntense, señores.

Su rostro permanecía impenetrable, pero a pesar de todo creí percibir una imperceptible sonrisa.

¿Qué había hecho con el cadáver de su marido? Cambiándolo de sitio lo había perdido todo. Yo la odié por haber cometido aquella locura.

Busqué a mi alrededor algún rastro del drama. No los había. Ella había limpiado el sofá de cuero.

Entonces me volví para ver si aún estaba colgado de la percha del vestíbulo el abrigo de Dravet, pero ya no era así. Era evidente que la mujer había cambiado de táctica. ¿Dónde demonios había llevado el cuerpo? Pero si pensaba hacerlo desaparecer, ¿por qué había representado la comedia del desvanecimiento en la Misa del Gallo?

Hubiera dado diez años de mi vida por mantener con ella una conversación sin orden ni concierto.

—Les estoy infinitamente agradecida, señores. Han sido tan amables…

—No ha sido nada —le aseguró el hombre del abrigo de cuero, satisfecho de haber realizado una buena acción en plena noche de Navidad. Debía ser creyente pues iba a la iglesia. Seguramente se diría a sí mismo que su abnegación aumentaría su cuenta de felicidad eterna.

—Háganme el honor de tomar algo mientras voy a acostar a la niña…

—¿Quiere que le ayude? —me apresuré a preguntarle, viendo en ello la posibilidad de hablar a solas con ella.

—De ninguna manera, señor, se lo agradezco.

Si su voz era cortés, su mirada era glacial.

—¡Siéntense!

El otro se desabrochó el abrigo de cuero y se dejó caer sobre el sofá. Sentí un estremecimiento a todo lo largo de mi cuerpo.

—¿Qué toma usted?

Ella había fregado nuestros vasos y los había vuelto a colocar en el pequeño cesto metálico del bar.

—Lo que quiera. Prefiero algo fuerte —dijo el automovilista.

—¿Coñac?

—Gustosamente.

—¿Y usted, señor?

La miré con toda mi alma. Sentía unos deseos enormes de tomarla por la cintura, estrecharla contra mí y decirle:

«Deje ya este juego absurdo, voy a ayudarla. Vamos a intentar arreglarlo.»

—Coñac, también.

Ella misma nos sirvió. Tomé asiento en el silloncito, mientras que ella se llevaba a la pequeña adormecida a su habitación.

Mi interlocutor calentó su copa. Después hizo un gesto expresivo para señalar que apreciaba la calidad del alcohol.

—Me llamo Ferrie —declaró de repente, acordándose bruscamente de los convencionalismos sociales. No con «y» como

Perry, mi nombre es con «i». Paul Ferrie.

—Albert Herbin…

Me tendió la mano que tenía libre. Yo encontraba la escena grotesca.

—Una mujer encantadora, ¿verdad?

Con una inclinación de la barbilla, me señaló la puerta.

—En efecto, encantadora.

—No debe divertirse mucho por lo que he podido comprender.

—¿Por qué?

—Bueno, para que su marido la deje sola en una noche como esta…

—Tal vez esté de viaje.

—Sí, tal vez, pero no sé. A mí me parece que está triste, ¿a usted no?

Aquel hombre era justamente lo opuesto a mí. Sin embargo experimentaba el mismo sentimiento respecto a la señora Dravet. Yo estaba atónito, incluso confundido.

—Un poco tal vez.

—¿No estará embarazada?

—¡Qué ocurrencia!

—Bueno, ¡esa forma de darle un soponcio!

—Esa es una cuestión muy delicada para preguntar —refunfuñé.

Ferrie se encogió de hombros. Después se bebió el contenido de su copa.

—Mi mujer está en la clínica en este momento, con un hermoso chaval de dos días. ¡Un poco más y hubiera sido el Niño Jesús! Le hemos tenido ya tarde. Ya casi no teníamos esperanzas y sin embargo ya ve…

»Es por esto por lo que nuestra Navidad está un poco deslabazada este año. Ya nos desquitaremos el año que viene. Mi mujer es muy piadosa. Ha insistido para que yo fuera a la Misa del Gallo en su lugar. En cuanto a mí, la religión no es mi fuerte; pero por el pequeño…

Como todos los hombres felices sentía necesidad de contar su vida. La copa de alcohol le incitaba a hacer confidencias.

No se daba cuenta, ni siquiera, que yo estaba escuchándole distraído, sin prestar atención.

—¿Está usted casado?

—No.

—Debería pensarlo. Va a decirme que me estoy metiendo en lo que no me importa. Pero entre hombres uno se puede permitir dar consejos. ¿No le parece? No es que con las mujeres se lo pase uno siempre bien, lo que ocurre es que te dan un equilibrio, ¿comprende? Un equilibrio y chavales…

Yo no podía articular palabra. Me era imposible apartar del árbol de Navidad mis ojos desorbitados. *En el extremo de una de las ramas colgaba mi jaula plateada, con el pajarito de terciopelo en su interior.*

Intentaba imaginarme si era en aquella rama donde yo lo había colgado; pero no conseguía recordarlo. ¿Estaba en plena posesión de mis facultades? ¿No me habría perturbado el cerebro el haber estado detenido?

—¿Qué mira usted, señor… eh… Herbin?

Salí de un sueño. Todo zozobraba a mi alrededor, lenta pero inexorablemente.

Intenté encontrar una explicación válida.

Cuando, durante el curso de la velada, Dravet había vuelto a su casa, debió haberse dado una vuelta por la habitación antes de decidirse por lo peor. Yo me lo imaginaba yendo y viniendo, parándose delante del abeto engalanado para aquella niña a la que aborrecía, arrancando con rabia algunos adornos que tiraría a la chimenea, o tal vez debajo de algún mueble.

Su mujer, después de haber cambiado el cuerpo de sitio, había vuelto a ordenar el salón y sería en ese momento cuando habría encontrado los objetos, y por lo tanto mi jaula y los habría vuelto a colgar en el árbol.

—Qué bonito resulta un abeto adornado, ¿verdad?

—Sí —conseguí articular—, muy bonito.

La señora Dravet volvió, sonriente.

—Ya ven, la niña se ha dormido en seguida. ¿Quieren un poco más de coñac, señores?

—Una gota, porque es Navidad —bromeó Ferrie.

—¿Le he estropeado la misa?

—¡Oh!, como le iba diciendo al señor Herbin…

¿No resultaba sorprendente que se hubiera aprendido mi nombre de aquella forma? Ella me dirigió una mirada rápida, algo

menos siniestra que las precedentes.

—Como le decía al señor Herbin, la religión no es mi punto fuerte. Lo que pasa es que acabo de ser padre.

—Felicidades.

Lo más extraordinario de todo era que nuestra anfitriona parecía estar realmente interesada en el tema.

—Tres kilos y medio… menos cien gramos. ¡Todo un hombre!

—¿Y cómo se llama ese jovencito?

—Jean Philippe.

—Me gusta mucho.

—Debería tomarse un trago de alcohol después de lo que le ha pasado —le aconsejó de repente Ferrie, que era un tipo muy espontáneo y un poco atolondrado.

—Claro —insistí yo—. Jerez, por ejemplo.

Autoritariamente le serví un buen trago de licor.

Ella se lo bebió de una vez.

—¿No va a llamar al médico?

—Es inútil, fue un simple mareo. Hacía tanto calor…

—Eso desde luego.

De repente dio un gritito que nos hizo estremecer, a Ferrie y a mí.

—¡Dios mío! —suspiró la señora Dravet.

—¿Qué pasa?

—¡Me he dejado el bolso en la iglesia!

Ferrie respetaba demasiado los bienes de este mundo como para no compartir la consternación de aquella mujer joven.

—¿Llevaba mucho dinero? —le preguntó vivamente.

—Una treintena de francos y papeles…

—¡Ah claro, no me diga más, ya lo comprendo! Vamos a volver allí inmediatamente. Me extrañaría mucho que no lo recuperáramos. Si me hubiera dicho que se lo había dejado en un cine… pero en una iglesia… en principio… ¿no creen?

Ya se estaba levantando, vació la copa y se abrochó el abrigo de cuero.

Yo también me levanté a mi vez. No comprendía muy bien dónde quería llegar la señora Dravet.

Porque yo sabía que ella no llevaba bolso cuando salió de su casa.

8

LA CUARTA VISITA

—¿No cierra el portal con llave?

—¡Bah! ¿Para qué?

El no insistió. Llegamos al Peugeot de Ferrie. Le abrí la portezuela a la señora Dravet. El otro ya se había sentado al volante. Yo disponía pues de algunos segundos.

—¿Qué ha hecho con el cuerpo? —le pregunté en un soplo.

—Déjeme, ¿es que quiere perderme? Váyase a su casa, iré a verle mañana.

El conductor preguntó sorprendido:

—¿Pasa algo?

Por toda respuesta, ella se sentó junto a él e hizo como si no hubiera oído la pregunta.

El coche arrancó. Era algo más de la una en el reloj del cuadro de mandos. Ya no podía más, me parecía que me iba a desmayar, yo también, de verdad.

A unos trescientos metros más lejos, le di un golpecito en el hombro al conductor.

—¿Puede pararse? Vivo aquí. Creo que es inútil que les acompañe, ¿no le parece?

Frenó inmediatamente, con diligencia.

—En efecto, no merece la pena.

No estaba disgustado por quedarse solo con la mujer. Aquello le excitaba. Acababa de pasar varios meses cuidando a una esposa embarazada y necesitaba diversión.

—Mis respetos, señora.

Ella me tendió la mano por encima del respaldo de su asiento.

—Gracias por su amabilidad —el señor Ferrie me apretujó enérgicamente las falanges.

—Hasta la vista.

Al bajarme del coche sentí que se me encogía el corazón.

Me quedé plantado en el borde de la acera hasta que desaparecieron los dos pilotos rojos.

Una tremenda apatía envolvía el barrio en esa pereza estúpida que sigue a los banquetes. Las ventanas se iban apagando en los negruzcos acantilados de las ventanas de los edificios. Me encontraba solo, más solo que hubiera estado nunca. Más solo que ante el cadáver de Anna.

Más solo que en el banquillo del Tribunal o que en mi celda. No comprendía nada del comportamiento de la señora Dravet. ¿Por qué había hecho desaparecer el cuerpo de su marido? ¿Por qué había fingido aquel desvanecimiento? ¿Por qué se había inventado el pretexto del bolso olvidado en la iglesia; puesto que todo era falso?

El recuerdo de las dos pequeñas estrellas rojas que surcaban su manga me obsesionaba aún más. En un momento dado me dije a mí mismo que ella había matado a su marido con la ayuda de un cómplice… Era una locura, una extravagancia pero yo estaba dispuesto a imaginar y a creerlo todo.

A unos metros de mí se levantaba la deprimente fachada de mi casa que se alzaba como un remordimiento. Era toda mi infancia, mi madre que me esperaba detrás de aquel gran muro desconchado. Había arruinado todo, había acabado con todo: mis recuerdos y aquellos que los componían.

Me abroché el abrigo casi hasta arriba, hundí las manos en los bolsillos y volví pegado a las paredes, hasta la casa de Dravet.

Ya estaba harto de este misterio: necesitaba hablar claramente con aquella joven dama y ponerlo todo en claro. Estaba decidido a amenazarla si fuera preciso para hacerla hablar.

Recordé que ella había olvidado cerrar el portón y entré en el patio del taller.

Oscuras siluetas se reflejaban en los enormes cristales. Un mundo fantasmagórico se movía en aquellos grandes paneles de cristal opaco. Era necesario observarlos durante un rato para

comprender que eran las nubes descompuestas de diciembre que se reflejaban en ellos al pasar.

Esperé casi durante un cuarto de hora, inspeccionando aquellos lugares concebidos para el trabajo. Me gustaba el olor penetrante del papel, tan distinto. Me parecía conmovedor aquel amontonamiento de resmas de papel, que parecían una fortaleza.

La señora Dravet tardaba en regresar. Como cada vez hacía más frío, me cobijé en la cabina de uno de los camiones. Estos estaban aparcados mirando al portón, de esta forma podía observar la entrada a través del parabrisas.

¿Qué estaría haciendo en compañía de Ferrie? Habían ido a la iglesia, habría fingido buscar el bolso, tal vez incluso se lo habrían pedido al sacerdote. Pero, ¿y después? No hacía falta más de un cuarto de hora para realizar estas diligencias falsas. A partir de esto hacía ya más de media hora que se marcharon.

El cansancio me atacaba aún con más fuerza que anteriormente en la iglesia. Me levanté el cuello del abrigo, me acurruqué en el asiento y estiré las piernas. No tardé en adormecerme.

Aquello no era sueño sino una especie de estado de inconsciencia que me invadía, y me proporcionaba una relajación total. Yo seguía consciente, únicamente las cosas que me rodeaban perdían su entidad real. Me volví insensible al frío e indiferente ante la situación. Mi curiosidad se evaporaba y la señora Dravet se convertía solamente en el recuerdo de una mujer amada a la que había matado hacía mucho tiempo.

¡El ruido de un coche ante el portón; la brusca parada del motor, el ruido doble de las portezuelas que se cerraban! Todo aquello me despertó como un relámpago, me sentí lúcido, con una lucidez agudizada por el descanso que acababa de disfrutar.

Quise bajarme del camión pero era Vil demasiado tarde; el portón empezaba a 458 abrirse.

Con un gesto rápido bajé el parasol y me pegué al respaldo del asiento. Siendo como era de noche, no me podían ver.

La señora Dravet entró escoltada por Ferrie. El hombre del abrigo de cuero la sujetaba familiarmente del brazo. Ella se quedó un instante apoyada en el quicio de la puerta.

—Gracias —murmuró—… gracias por todo.

El otro le soltó el brazo para acariciarle el cuello con un gesto de conquista. Estuve a punto de bajarme de la cabina para ir a partirle la cara. Aquello era un ataque agudo de celos, parecido al que me ocurrió cierto día. Sentía el deseo de destruir el objeto de una traición. Lo vi todo rojo. Y después, bruscamente, mi cólera se desvaneció; ella acababa de agarrarle el puño para hacerle retirar la mano.

—Como verá, ha tenido, de todos modos, una fiesta —decía Ferrie.

Me permití hacer un movimiento en mi escondite. Levanté el brazo para consultar mi reloj y tuve un sobresalto. Marcaba las cinco y diez. Por lo tanto habían estado fuera más de cuatro horas.

Dudé durante un momento e incluso me acerqué el reloj a la oreja para ver si funcionaba. Su tranquilo tic-tac me resultó familiar. Cuando me lo devolvieron el día antes, en la dirección de la cárcel, mi primer gesto fue darle cuerda y fijar la agujita de los segundos. Se había puesto en marcha dócilmente.

—Ya ve, señora Dravet, para mí no ha sido una Navidad como las demás.

—Para mí tampoco.

—¿Seguro?

¡El muy imbécil! Tenía la voz ahogada y estoy seguro de que la miraba de arriba abajo con ojos de carnero medio muerto.

—¡Es usted una mujer tan extraordinaria!

—Hacía tiempo que no me decían eso.

Seguramente a él también le habría hablado de sus desavenencias conyugales. Incluso, tal vez, también él había merecido oír contar el nacimiento de Lucianne.

—¿Quiere pasar a tomar la última copa?

El no esperaba aquella proposición y no contestó de inmediato. Yo estaba seguro que le había estado haciendo la corte asiduamente durante toda la noche. Ella le había aguantado gentilmente, pero guardando las distancias, y luego de repente cuando él ya no tenía esperanzas…

—¿Cree que me atreveré?

—¿Por qué no? Al fin y al cabo es Navidad.

Atravesaron el patio y pasaron a unos centímetros de donde yo

estaba. La señora Dravet abrió la puerta del pasillo. Después se oyó el chirrido de la verja del montacargas. Esperé un poco, antes de bajar del camión.

En lugar de irme entré en el edificio. Llegué a la escalera a tientas y me puse a subir las escaleras con precaución, parándome a cada paso para escuchar.

Yo les oía hablar, pero no entendía lo que decían. Sus voces formaban un murmullo sordo y continuo. De repente se oyó una llamada:

—¡Jerome! —chilló la señora Dravet—. ¿Estás ahí? ¿Jerome?

El corazón me dio un vuelco. ¿Estaría loca aquella mujer? Por qué se ponía a llamar a su marido, si sabía que estaba muerto?

Me quedé pegado junto a la pared y el corazón me latía como un loco.

—¿Jerome?

De repente se oyó un grito penetrante. Un grito de horror, un grito de locura.

La voz sorda de Ferrie balbuceaba.

—Señora… vamos señora… señora.

Y después nada más. Un silencio vertiginoso que se hacía más intenso debido a la profunda oscuridad de la escalera. Un silencio que era ya como uno de los aspectos de la muerte.

Yo no me podía mover. Respiraba lentamente. No sé cuánto tiempo estuve así. Debí de haberme marchado, pero alguna fuerza oscura me obligaba a permanecer allí. Quería saber. Era evidente que habían encontrado el cadáver de Jerome Dravet. ¿Pero dónde le había escondido su esposa? ¿Y por qué le había desplazado? ¿Por qué había retardado la hora del descubrimiento? ¿Por qué? ¿Por qué? La pesadilla se hacía ya insostenible…

La puerta se abrió. Un gran rectángulo de luz blanca se estrelló contra la, rejilla del montacargas. Y sobre ella se proyectó la silueta delgada de la mujer joven como sobre una pantalla de claridad.

Era un juego de sombras. No, mejor, una tragedia de sombras. El hombre del abrigo de cuero trataba de retenerla ya que ella intentaba huir.

—Por favor, se lo ruego. La policía llegará en seguida. No se

ponga nerviosa, señora. Se lo ruego… ya sé que es horrible, pero hay que… vamos, venga… venga…

Y la hizo entrar en el apartamento, sin cerrar la puerta tras de sí.

Yo observaba el rectángulo de luz y oía los breves sollozos de la señora Dravet.

Comprendí que había que salir de allí rápidamente. Si la policía me encontraba en aquel lugar, sería la perdición.

Empecé a bajar las escaleras de piedra de puntillas. Pero cuando estaba llegando a los últimos tramos, estalló el ruido penetrante de la sirena de la policía, vibrante y muy próxima. Creí que me iba a desmayar.

La sirena enmudeció. El portón chirrió ligeramente.

Yo estaba atrapado en aquella escalera como si estuviera en una trampa. Ya sólo me quedaba la posibilidad de volver a subir y retardar así el pago de mi deuda.

Por lo tanto volví a subir la escalera sin molestarme en disimular el ruido de mis pasos. ¿Habría tal vez alguna forma de huir por el tejado? Recordé el tragaluz situado sobre la caja del montacargas.

Llegué al descansillo iluminado. Eché un vistazo breve para asegurarme que ni Ferrie ni la señora Dravet se encontraban delante de la puerta. No estaban allí. Solamente vi otra cosa, y aquella otra cosa me hizo dudar del estado de mi razón: por la rendija de la puerta del salón que habían dejado abierta *percibí perfectamente el cadáver de Jerome Dravet, acurrucado en el sofá en su posición inicial*.

Pero una vez que pasé el descansillo ya empecé a dudar de aquella visión, y trataba de decidir si se trataba de una alucinación.

Había una escalera de madera estrecha que conducía al desván. Subí también por allí lo más rápidamente que pude. Ya se oían los pasos de los policías por la parte de abajo. Me quedé paralizado. Era incapaz de recuperar la respiración. Tenía el pecho oprimido como si me aplastara un terrible torno. Abajo se oían exclamaciones, murmullos…

Mi situación era insostenible. Si se les ocurría a los policías subir por la escalera, me descubrirían y no podría hacerles comprender que estaba allí solamente en calidad de testigo, demasiado curioso. La pequeña escalera no subía más. ¿Qué podía hacer?

Con movimientos infinitamente prudentes, extremadamente suaves palpé las paredes. Mis dedos se habían convertido en dedos

de ciego, de repente poseían una especie de visión táctil.

Noté la rugosidad de una puerta. Encontré un picaporte y lo hice girar lentamente, muy lentamente. Y mientras, le rogaba a Dios para que aquel pomo respondiera a mi presión.

La puerta cedió. Emitió un ligero crujido y aquel ruido leve me hizo el efecto de un cañonazo. Algunos segundos de inmovilidad total me permitieron recuperar el valor. Empujé la puerta con infinitas precauciones. Renacía la esperanza. Había olvidado el cadáver de abajo, la comedia de la señora Dravet y la policía para pensar solamente en mi salvación. Sabía que todos los desvanes tenían tragaluces.

Si descubriera uno, tal vez estaría salvado. Pero cuanto más avanzaba, más se espesaba la oscuridad. Estaba yéndome a pique en las tinieblas que me englutían sin piedad, como lo hubiera hecho la tierra sombría de un pantano.

Una vez que estuve en el desván, fui a cerrar la puerta de nuevo. Actué aún con más precaución que al abrirla.

Cuando el batiente estuvo completamente cerrado y el pestillo corrido, me pareció que acaba de levantarse una formidable muralla entre la policía y yo.

Esperé aún un momento más. Estaba en ascuas.

Debajo de mí, todo eran idas y venidas, palabras inaudibles, llamadas de teléfono.

«Ellos» debían avisar a las ambulancias, observarían cuidadosamente el suelo. ¿Irían a registrar la casa?

Ahora tenía aún otro temor, mucho más solapado, que me atenazaba. *Sabía que la señora Dravet tenía un cómplice. Era inevitable, ya que en su ausencia, el cadáver de su marido había sido llevado de nuevo al salón.*

Aquel o aquella que hubiera llevado a cabo aquella terrible hazaña tal vez estaría todavía en el edificio.

A no ser que tuviera alguna otra salida que yo ignoraba. A no ser también que se hubiera escapado mientras yo dormitaba en el camión.

¿Tal vez hubiera sido en beneficio de aquel cómplice por lo que la señora Dravet había dejado sin cerrar el portón con llave?

Si el cómplice estaba en la casa, ¿se encontraría tal vez en aquel desván? Yo me lo imaginaba escondido en la oscuridad, cerca de

mí, preparándose para estrangularme a la menor ocasión. Creí percibir el ligero murmullo de una respiración. Intentaba controlarme, convencerme de que se trataba de mi propia respiración, pero el temor seguía aumentando.

En varias ocasiones sentí deseos de abrir aquella puerta y bajar adonde estaba la policía.

Lo único que me lo impedía cada vez, era el recuerdo de aquella mujer joven que se debatía entre ellos. Me había pedido varias veces que desapareciera y yo no había tenido en cuenta sus súplicas. Me había empeñado en imponerme, en perseguirla. Si yo aparecía, todo estaría perdido, tanto para ella como para mí.

—¿Hay alguien? —murmuré.

No me contestó nadie, y mi voz consiguió lo que no había conseguido mi razón: me tranquilizó.

Si la mujer de Dravet hubiera tenido un cómplice, éste no habría sido tan estúpido como para quedarse en la casa esperando a que llegara la policía al lugar de los hechos.

Se produjo mucho ruido en la escalera.

«Ya está» pensé, están registrando la casa y los talleres.

Esperé loco de ansiedad, pensando que la puerta se iba a abrir brutalmente y que recibiría en pleno rostro el haz luminoso de una linterna eléctrica.

Yo esperaba aquello con impaciencia. A veces las idas y venidas se detenían. Y en el momento en que volvía a escuchar, empezaban otra vez.

Yo atravesaba por momentos de esperanza, incluso de confianza; y en otros momentos sentía deseos de gritar de miedo y de lástima.

Me parecía que estaba demasiado cerca de la escalera. Retrocedí suavemente. Rocé con el codo el marco de una puerta y me pareció que me introducía en un espacio más amplio. Busqué un tragaluz, pero seguía sin encontrar ninguno. Extendí el brazo para tocar el techo, pero no encontré más que el vacío.

Cuando seguía intentando moverme un poco, tropecé con alguna cosa. Debía ser una cuna (sin duda la de Lucianne cuando era pequeña), pues noté la forma de la barra que servía para empujarla y se desplazó produciendo un chasquido.

El ruido despertó todas mis inquietudes. ¿Lo habrían oído abajo?

No debía moverme para nada, de lo contrario me arriesgaba a

volcar alguna de aquellas antiguallas que se guardaban en los desvanes. Tomando infinitas precauciones me tiré al suelo, estirándome sobre el pavimento. Encontré la seguridad de una antigua alfombra y apoyé mi mejilla en ella.

A veces la conducta del avestruz da buenos resultados. Con los ojos cerrados y el cuerpo inmóvil, me sentía invulnerable. Incluso aunque alguien subiera hasta allí e inspeccionara el desván con una lámpara eléctrica podría darse el caso de que no me viera.

Volví a dedicarme a esperar. Aunque hubieran manipulado el cadáver, el suicidio. de Dravet era sin duda evidente y las autoridades se contentarían con efectuar los trámites vigentes.

Escuché el silbido de una ambulancia, el ruido de las portezuelas, llamadas…

Abajo continuaban andando y charlando. El pequeño quejido metálico del teléfono al colgar sonaba muy a menudo. Después se oyeron gritos, lágrimas; entonces pensé que habían informado a la familia de Dravet y que eran sus parientes los que gemían de aquella forma.

Miré el reloj. Su esfera luminosa formaba una pequeña mancha fluorescente. En aquella oscuridad total, las cifras se destacaban de una manera alucinante. No podía ver la caja, sólo aquella serie de cifras y las dos agujas aceradas.

Las seis…, las seis y veinte…, las siete menos cuarto…

Hacía hora y media que habían descubierto el cuerpo. Por lo tanto no registrarían el edificio. Si la policía hubiera tenido dudas, habría hecho pesquisas de inmediato.

¿Estaría salvado?

No me atrevía a creerlo demasiado. Aún me quedaban muchos obstáculos. Tenía que salir de aquel desván, bajar la escalera y atravesar el patio.

Si la señora Dravet no estaba sola, ¿cómo explicaría mi presencia en el edificio? Si ella se iba, ¿cómo franquearía la puerta cerrada con cerrojo?

9

EL PRODIGIO

Oí dar las siete. Los campanarios de los alrededores habían estado tocando las horas y las medias sin que les prestara atención. El silencio en la casa era total, es cierto, y sólo me llegaban ruidos del exterior. La circulación se reanudaba lentamente aquel día de Navidad. Pesados camiones de reparto vibraban sobre el pavimento. Algunos motocarros detonantes realizaban extrañas trayectorias por aquellas calles circundantes.

¿Tendría que seguir esperando? Flotaba en una especie de estado letárgico que anulaba mi voluntad.

Si me retrasaba mucho iba a encontrarme con el flujo de parientes y de amistades que acudirían tan pronto como se propagara la noticia. Tenía que aprovecharme de aquel momento de tregua que debía capitalizar en mi propio beneficio.

Cuando me disponía a levantarme, sonaron unos pasos en la escalera de madera que llevaba al desván. Un paso rápido y decidido que me heló la sangre. Alguien venía, esta vez no era una equivocación. Y quien quiera que fuese no tenía ninguna duda. Iba hacia allí directamente. Se abrió la primera puerta. Los pasos se detuvieron un momento. Después se acercaron lentamente. En seguida los sentí a pocos centímetros de mi rostro.

Tras el leve ruido de un conmutador, de repente se produjo un resplandor intenso, como cuando uno trata de mirar el sol de frente. La brusca claridad, tan inesperada, me cegó durante un momento.

En medio del resplandor, como una aparición milagrosa, estaba

la señora Dravet. Mis ojos se acostumbraron rápidamente a la luz recuperada. Estaba sola. Tenía las manos crispadas sobre el pecho y me miraba como si yo fuera un objeto de profunda repulsa.

Desde luego, acababa de darle el susto de su vida.

Aquel intercambio de miradas fue muy breve. Casi inmediatamente la decoración que me rodeaba captó mi atención y creo que grité. Un grito que se me escapó del alma. El grito de un hombre abatido por una revelación.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó con voz ronca.

En vez de contestar, traté de comprender la situación. Quería entender aquel prodigio. *Yo no me encontraba en un desván, sino en el salón de los Dravet.* Allí estaban el sofá, el sillón, el tocadiscos sobre una mesa baja. Estaba el mueble bar con ruedas, con el vaso de Ferrie y el mío, y pensé de repente que ¡aquello era lo que yo había rozado en la oscuridad creyendo que era una cuna! También estaba el árbol de Navidad con sus colgantes de cristal brillante. En el extremo de una rama, colgaba mi jaula plateada con su pájaro azul como un juguete burlón.

La puerta del salón también era una puerta de vidriera, y se veía el vestíbulo con su perchero *en el que no había ninguna prenda colgada*.

—Vamos, conteste, ¿qué hace usted aquí?

Su voz no era tan sólo malvada, sino más bien desesperada.

Me eché las manos a la cabeza, como suelen hacer los actores de teatro que «exageran» cuando quieren demostrar su indignación.

—No comprendo.

—¿No comprende por qué ha pasado aquí la noche?

—Escuche.

Repasé en mi interior mi peregrinación nocturna.

Había subido un piso. Había pasado delante del apartamento de los Dravet y por la puerta abierta del descansillo, había podido vislumbrar el salón. Había sido una visión rápida, pero total de la habitación. El cadáver yacía sobre el sofá…

Había visto el abeto, el tocadiscos, el mueble bar…

—Escuche.

Se produjo una sensación de alivio en aquella mujer extenuada. Dio unos pasos y se dejó caer en el sillón.

—¿Intenta hacerme creer que no ha comprendido nada? —

suspiró cerrando los ojos.

Salí corriendo del salón y llegué al otro extremo del vestíbulo. Con ademán de brujo abrí las puertas que se presentaban una tras otra. Todas daban a habitaciones absolutamente vacías, con las paredes enlucidas de escayola que estaban aún sin pintar.

Después fui a reunirme con ella. Bajo los ojos tenía unas profundas ojeras azuladas y sus mejillas parecían hundidas.

—Qué cansada estoy —murmuró—. Estoy tan cansada que no me importaría nada morirme en este momento.

Me senté en el sofá, frente a ella. Instintivamente adopté su misma postura relajada. Ambos estábamos vacíos.

—Hay dos apartamentos idénticos, uno encima del otro, ¿no es así?

—Mi suegro hizo construir el segundo para su otro hijo que es militar y se encuentra en África.

Ahora lo comprendía. Pero realmente no era así. Era algo más sutil: comprendía que de un momento a otro, comprendería todo, que ahora ya poseía todos los elementos del misterio.

—¿Y ha amueblado usted este salón exactamente igual que el suyo?

—No resultó muy difícil.

—Es cierto, usted me dijo que era decoradora…

—No hace falta haber estudiado Bellas Artes para pintar un vestíbulo y una habitación de blanco, para comprar un sofá, un sillón, un bar y un tocadiscos semejantes a los que uno ya tiene…

—Le ha matado usted, ¿verdad?

—De sobra lo sabe.

La intuición femenina. Había sabido antes que yo dónde me encontraba.

—Fue debido a que necesitaba un testigo por lo que me pescó en el restaurante.

Abrió los ojos. Su mirada reflejaba una tristeza infinita.

—Pescado…

—Bueno, digamos «animado». Ha desempeñado su papel a la perfección. Cada minuto pareció ser la consecuencia del azar, y en realidad ¡con qué seguridad estaba usted dirigiendo la situación!

—Sí, el peligro hace fuertes.

—Entonces usted se las arregló para traerme aquí. Insistió para

que tomara una copa.

—*Antes de salir de esta habitación, era imprescindible que yo supiera qué bebida alcohólica elegiría*.

—¿Con el fin de poner lo mismo en un vaso semejante en el piso de abajo?

Ella asintió. En el fondo ¿estaría verdaderamente molesta por mi presencia? ¿No se sentiría secretamente satisfecha de tener un confidente? ¿Aquel secreto extraño y pesado no la oprimiría en absoluto?

—¿Y puso un disco por lo del disparo?

—Naturalmente.

—¡Wagner! Muy apropiado… —Bromeé.

Pasó un rato bastante largo. Ella quería sincerarse conmigo, pero como se confiesa un penitente inexperto; contestando solamente a las preguntas.

Yo tenía cientos, miles de preguntas que plantearle, había demasiadas cosas que quería saber. No sabía cuál elegir.

Lo más fácil era acabar con el asesinato de Dravet siguiendo un orden cronológico.

—¿Después de salir de esta habitación volvió a bajar al piso de abajo con Lucianne?

Al oír el nombre de su hija, se le llenaron los ojos de lágrimas. Las vi temblando al borde de sus largas pestañas, como perlas, durante un instante antes de rodar por su bello rostro torturado.

—¿La acostó en seguida?

Hizo un gesto que podía pasar como afirmativo, pero creo que en realidad quería arrancar de sus pestañas otras lágrimas que se le iban acumulando.

—Después fue al salón, al verdadero, donde se encontraba su marido para matarle. Pero, no comprendo, por ejemplo…

—A medianoche le había hecho tomar tres pastillas de fenobarbital en unos dulces. Contenían diversas sustancias diferentes que se van disolviendo unas tras de otras, prolongando el sueño. Según las dosis que se empleen se puede mantener a una persona dormida durante horas y horas…

Una débil sonrisa arrugó durante un segundo su boca:

—La prueba…

—Entonces, ¿estaba dormido?

—Sí.

Ella sabía muy bien lo que yo pensaba. Si alguna vez las cosas se ponían feas para ella ningún jurado le concedería ninguna circunstancia atenuante. Había asesinado fríamente tras una premeditación larga, lenta y sabia a un hombre dormido.

—Le doy miedo, ¿verdad? Cree que soy un monstruo.

Me encogí de hombros.

—Un hombre como yo, no es quién para juzgarla.

Adelantó suavemente la mano, como en las películas. En un instante, parecía que todo había vuelto a recomenzar.

Cogí su mano y la oprimí. Sólo le pedía al cielo algunos minutos de tranquilidad. Temía que sonara el timbre de repente o que repiqueteara agriamente el teléfono.

—¿No se preocupó nadie por su ausencia, ayer por la tarde?

—Sí, su amante. Por la mañana los talleres estaban en marcha. Ella venía a verle al despacho con toda desvergüenza, y supe por su secretaria que habían tenido una discusión referente a la fiesta de Nochebuena. A última hora de la tarde llamó aquí, sin identificarse. Preguntó por Jerome y le contesté que había salido.

—Supongo que la policía estará al corriente de ese incidente.

—Seguramente.

—Eso favorece la tesis del suicidio. Por cierto, ¿cómo han reaccionado los polis?

Se puso a reflexionar.

—No lo sé.

—Bueno, ¿cómo se han comportado?

—Son como los médicos. No dicen nada. Hicieron fotos y tomaron medidas. Pusieron el revólver en una bolsa de celofán.

—¿Y después?

—¡Han precintado la puerta del salón! Eso no me ha gustado mucho. Yo creía que cuando la policía se encastraba ante un caso de suicidio evidente no se rodeaba de tantas precauciones

Pero eso no era, en el fondo, nada más que la opinión de un profano. Si los inspectores hubieran tenido dudas habrían registrado toda la casa.

—Bueno, usted le mató… ¿supongo que se pondría guantes?

—Sí, pero fue él quien disparó, comprende, yo solamente le sujeté la mano.

Como se sujeta la mano a un analfabeto, para hacerle firmar un documento. Ella le había hecho firmar su propia muerte.

—Dos gotas de sangre salpicaron manga.

—Ya sabía que esas manchas le preocupaban. Le preocupaban antes de que descubriéramos el cuerpo. Estuve a punto de dejarle cuando salimos del café.

Sus palabras eran crueles pero las dulcificaba con pequeñas presiones sobre mi mano.

—¿Qué ha hecho con los guantes?

—Los arrojé a una alcantarilla mientras íbamos paseando a la luz de la luna, ¿no se dio cuenta?

—No —contesté bastante apenado.

Quería saber todo con detalle. El caso tenía un aspecto espectacular que me fascinaba.

—Entonces usted disparó, ¿y después?

—Eché una gota de coñac en una copa, y una gota de jerez en otra… Puse las dos copas sobre la bandeja superior del mueble bar.

—Fue por eso, por lo que antes de que saliéramos, un poco más tarde, cogió la copa que yo había dejado sobre la chimenea para ponerla *como en el piso de abajo*, sobre la bandeja del bar

—¿Se fijó en eso?

—Ya ve…

—Después estuvimos hablando, luego salimos.

—Y cuando volvimos, usted detuvo el ascensor en el primer piso, no en el segundo. Para que yo no me diera cuenta de la diferencia de duración del trayecto, usted me besó…

—¿Cree que solamente fue por eso?

—Hábleme del montacargas…

—Presta servicio efectivamente a los dos pisos. Los talleres están acondicionados de una forma racional. El encolado se hace en el primer piso y el embalaje en el segundo. En la concepción de los locales, mi marido quiso que el montacargas pudiera servir de ascensor si llegaba el caso, y esa es la razón por la que se puede abrir indistintamente del lado de la fábrica y del lado de los apartamentos.

—¿Y después?

—Esa tarde oculté el botón que conducía al segundo piso, como medida extrema de precaución, para evitar que a mi testigo visitante se le pasara por la cabeza ni siquiera la idea de un segundo piso.

—¡Pero usted me llevó al segundo piso, la primera vez! ¿Cómo lo hizo?

—Tenía un dedal de coser de niña, que me permitió accionar el cuadro de mandos para dirigirlo al segundo; el extremo del dedal entraba justo en el agujero del cuadro. Lógicamente no necesitaba subir nada más que una vez, puesto que a partir de la segunda visita el drama estaría descubierto…

—Felicidades, es usted muy astuta.

Yo la miraba preguntándome cómo habían podido surgir en aquel alma de mujer tanto maquiavelismo y tanta minuciosidad par* la preparación de un crimen.

—Cambié las bombillas de la escalera y del montacargas, por otras que estaban fundidas.

Era evidente que necesitaba desahogarse contándolo todo hasta el final. Quería deslumbrarme.

—Cuando vino por primera vez, llevando a Lucianne en los brazos, detuve el ascensor un poco antes de que llegara a su parada. Lo mismo hice cuando vino por tercera vez con el hombre de la iglesia… y ¿sabe por qué?

—No.

—Porque nuestro apartamento del primer piso no está exactamente al mismo nivel que el primer piso de los talleres. Como el montacargas se puso para servicio de la fábrica, hay que subir un escalón cuando se quiere salir de la cabina por el lado del apartamento. Y como en el segundo, el taller y el apartamento están al mismo nivel, debía inventar un escalón artificial deteniendo el ascensor un poco antes de su parada normal…

—Bravo. No debió ser fácil hacerlo en plena oscuridad.

—Había estado entrenándome, por las noches, mientras estaba aquí sola; llegó a convertirse en una especie de reflejo. Centímetro más, centímetro menos soy capaz de detener la cabina siempre en el mismo sitio.

Yo no podía dejar de sentir una admiración secreta ante aquellas realizaciones. Pero entre todo lo que me había dicho había una frase que se me había quedado grabada «Había estado entrenándome por las noches, mientras estaba aquí sola».

Efectivamente había tenido tiempo de concebir un crimen. De prepararse y después prepararlo. De consagrarse a él como a un deber sagrado…

—¿Y cómo es que la puerta del segundo piso no estaba cerrada con llave? Sólo tuve que girar el pestillo para entrar aquí.

—Por prudencia.

—¿Quiere decir…?

—Cada vez que entrábamos yo simulaba que usaba una llave. En realidad, sólo fingía hacerlo hurgando en la cerradura con la llave del primero para dar el pego.

»Tenía la sospecha de que al principio del interrogatorio me pedirían el llavero y no quería que éste llamara la atención. Ya que mi marido no poseía la llave de este apartamento, y yo temía que comparasen los dos llaveros.

Solté la mano de la señora Dravet.

—Y pensar que yo estuve a punto de hacer fracasar ese plan tan minucioso, tan perfecto.

Movió la cabeza.

—Sí, fui a dar con el único hombre del barrio que no podía servirme de testigo. Cuando me contó que… quien era usted, creo que estuve a punto de suicidarme… Tenía que rehacerlo todo.

—Y ¿empezó de nuevo?

—Únicamente que cada vez se hacía más peligroso porque el cuerpo se estaba enfriando. Fue por eso, por lo que me las arreglé para estar bastante tiempo fuera con el señor Ferrie. Era la única salida que me quedaba: dejar pasar el tiempo suficiente para que no se pudiera relacionar con una hora aproximada a la de la muerte… Le llevé a un lugar ruidoso e hice que se notara nuestra presencia. Nos pusimos sombreros de papel, tiramos serpentinas, bebimos champán. Me dijo que había sido la velada más hermosa de su vida.

Hizo un gesto displicente:

—¿Cree que le harán la autopsia?

—Si tienen alguna duda, seguramente…

—Al parecer las píldoras no dejan rastro sospechoso. Sólo se

trata de un problema de ángulo de tiro. Pero creo que he calculado bien…

Oyendo aquella voz tranquila, observando aquel rostro de mujer joven decente, se hacía difícil creer que hubiera realizado aquella hazaña y mucho menos que la hubiera llevado a cabo en semejantes circunstancias.

—En cuanto a la cuestión de la hora —prosiguió— ¿quién podría ponerla en duda si no se realiza la autopsia? ¡Y aun así! El señor Ferrie atestiguó que el salón estaba vacío cuando salimos. Testificó que no nos habíamos separado. Atestiguó que había descubierto el cuerpo de mi marido *al mismo tiempo que yo*.

Se plantó firmemente, muy tiesa, junto a mis rodillas y me hizo levantar la cabeza.

—Ahora, usted es mi único y verdadero peligro. ¿Qué efecto produce tener el destino de una persona en la mano?

¿Era ella la que me preguntaba aquello?

Ella que había matado a un hombre.

A mí que había matado a una mujer.

10

EL PÁJARO DE TERCIOPELO

—¿Por qué le mató así?

Ella sacudió la cabeza.

—Prefiero no intentar explicárselo. Fue debido a la niña. Jerome se portaba de una forma odiosa con ella…

Yo salté, bruscamente:

—No irá a decirme que ha querido poner el cadáver de ese hombre en sus zapatitos.

Aquella mujer soltó una carcajada feroz.

—No, no se lo voy a decir. Y lo cierto es que no anda muy lejos de la verdad, ¡Albert!

Aún se acordaba de mi nombre. Sólo con eso bastaba para ganarse a un hombre. Hasta aquí yo me sentía vagamente humillado por haber sido elegido como «pichoncito» por aquella muchacha. Pero al fin y al cabo, ¿no había sido el destino quien me había elegido?

¿No había sido debido a un laborioso concurso de circunstancias elaborado más minuciosamente que el crimen de la señora Dravet, el hecho de que yo me encontrara en la mesa de al lado de la suya en el restaurante?

La víspera, yo me había despertado en prisión a mil kilómetros de allí y aun así, un dédalo inverosímil de pequeñas casualidades me había llevado a aquella cita.

—El número de la iglesia fue un golpe de ingenio.

—Eso se me ocurrió gracias a usted. Cuando me llamó, estaba en

la habitación de Lucianne. Observaba cómo dormía, y me preguntaba cómo había ciertas madres que llegan a destruirse en compañía de sus hijos. Intentaba descubrir esa horrible receta. Cuando le vi mezclándose con aquellas gentes a la salida de la iglesia, estuve a punto de gritar de desesperación.

—Dígame, ¿tuvo que hablar de mí, en su declaración?

—Fue Ferrie quien habló. Pero como usted no estaba presente cuando se descubrió el drama, al parecer la policía no le concedió demasiada importancia…

—¿Van a volver?

—Sin duda. Vinieron la familia y los magistrados, todos acababan de despertarse. Todo el mundo había bebido demasiado y no habían dormido lo suficiente. Fue una verdadera pesadilla… Creo que me dejarán tranquila hasta mediodía. Tendrán que dormir todos, ¿no?

—¿Había subido para desalojar esta habitación?

—Sí, tengo muy poco tiempo para hacerlo…

Parecía estar esperando mi veredicto. La señora Dravet no había exagerado al asegurar que yo tenía su destino en mis manos.

Paseé una mirada desengañada por la habitación. Para mí ya no era una habitación auténtica, sino simplemente un decorado. Un decorado que reproducía fielmente el salón en el que se había desarrollado la tragedia.

—¿Qué va a hacer con estos muebles?

—El sillón va con el que está abajo Es el que dije que había retirado para tener sitio donde colocar el abeto. Basta con bajarlo a una de las habitaciones, al comedor, por ejemplo, donde la policía casi no entró prácticamente. Querría colocar las botellas en la cocina. Romper el tocadiscos y el bar y echarlos en la enorme caldera de la calefacción central, así como el pino. Únicamente podría dejar aquí el sofá, yo misma le he confeccionado unas fundas de otro color con el fin de modificar completamente su aspecto…

—Muy bien —dije decididamente—. ¡Manos a la obra!

Yo estaba seguro de que ella esperaba mi silencio, por tanto no contaba con mi ayuda y mi decisión la dejó desconcertada.

Miré la hora. Yo me sentía completamente dueño de mí mismo. Este crimen era en sí mismo una especie de obra maestra en el que yo quería participar a mi modo.

Eran casi las ocho. ¿Podríamos esperar aún una hora de tregua?

Ayudado por la señora Dravet, llevé el sillón al montacargas, el bar, el tocadiscos y la mesa baja sobre la que estaba puesto.

Colocamos el sofá en el comedor del primer piso como ella había pensado. Después fuimos al sótano. Desmantelar el bar, el tocadiscos y la mesa fue como un juego de niños. Más aún porque no teníamos que romperlos en pequeños trozos, puesto que el horno de la caldera era de grandes dimensiones.

Cuando todo estuvo bien quemado y las entrañas metálicas del tocadiscos no eran nada más que un ovillo de hierros renegridos, volví a llenar la caldera.

Cuando volvimos al segundo piso, estábamos colorados como la cresta de un gallo. Aún teníamos que quitar los numerosos adornos que decoraban el pino y trocearlo para poderlo quemar. Nos pusimos a trabajar sin hablar. Nos dedicamos a ello con una actividad febril, enloquecedora. A medida que la habitación se iba pareciendo menos a la de abajo, éramos más conscientes de la precariedad de aquella prórroga. En cualquier momento podía llegar un policía y descubrirme en casa de los Dravet, o tal vez querría ver toda la casa de abajo… a arriba.

Ella soltó una pequeña exclamación cuando descubrió mi jaula con el pájaro de terciopelo. La miró con aire de duda.

Entonces le expliqué la procedencia del objeto y se puso a llorar. Sentada en el sofá sollozaba convulsivamente apretando aquel frágil objeto contra su pecho.

—¿Por qué llora de esa forma? —le pregunté cuando empezó a calmarse.

—Por su culpa, ¡Albert! Me lo imagino solo, comprando esto en una tienda sin saber lo que iba a hacer con ello.

Aquella mujer que era capaz de estar preparando la muerte de su marido durante semanas y que era capaz de disparar una bala a bocajarro en la cabeza de un hombre dormido, sin embargo se echaba a llorar ante el objeto de un bazar que simbolizaba mi soledad.

—No quiero que lo tire.

—Pero no lo puedo colocar en el otro árbol porque están puestos

los precintos.

—Lo colgaré sobre la cama de Lucianne. No sé si una mujer como yo tiene derecho a creer en los amuletos, pero creo que este pájaro es uno de esos objetos. Tengo la impresión de que protegerá a mi niña…

Bajé sin esperar más con la jaula de cartón con lentejuelas. Me faltaba trocear el pino. Para hacerlo volví a bajar al sótano. Cuando empecé a echarlo en la chimenea, se desprendió una espesa humareda negra. Cada vez que abría la puerta de la fundición, una espesa nube resinosa se escapaba del hogar y me ahogaba.

Los objetos de cristal agrupados en una cajita de cartón, parecían huevos de gran valor. Los eché de golpe en el horno donde estallaron haciendo un ruido parecido al de las galletas al ser partidas.

Barrí el suelo del sótano que estaba sembrado de agujas verdes. Después volví a subir. Al llegar al quicio de la puerta del primer descansillo, oí hablar a la señora Dravet. Me pareció que contestaba al teléfono y entré deliberadamente. En aquel momento oí la voz de un hombre. Hubiera querido batirme en retirada, pero oí ruido de pasos en la escalera. Me encontraba atrapado entre dos fuegos. Por un lado estaba el visitante charlando animadamente en el comedor. Por la otra, los que llegaban.

Frente a mí, estaba el «salón trágico», sobre cuya puerta habían puesto dos gruesos pegotes parecidos a sangre seca.

Y me jugué el todo por el todo. De puntillas llegué a la puerta que estaba frente al comedor, es decir a la de la habitación de la niña.

Creo que no se puede entrar en una habitación más subrepticiamente, ni tampoco más rápidamente.

En la habitación de la pequeña reinaba una penumbra gris. Mi jaula plateada se balanceaba en el cabecero de la cama. Percibí la respiración ligera y regular de Lucianne. En aquella habitación había un aroma enternecedor.

A algunos centímetros de mí, las pisadas hacían crujir el suelo. Las voces ronroneaban. Alguien acabaría por entrar. Busqué un escondite a mi alrededor pero no encontré nada. Aparte del lecho y

de un armario pequeño pintado, en la habitación sólo había juguetes.

No sé si sería mi presencia lo que perturbó el sueño del bebé, o si serían las cercanas idas y venidas. De repente, dio un grito. Un grito que parecía una aguda queja, un poco animal.

Yo había sufrido demasiadas emociones fuertes durante la noche. Aquel grito penetró en mí como un bisturí en la carne anestesiada.

—Es la pequeña que se ha despertado —le decía la señora Dravet a su interlocutor.

Sus pasos se aproximaban. Alguien la acompañaba.

Me arrojé al suelo detrás de las blancas vestiduras del lecho. Mi cuerpo debía sobresalir por arriba y por abajo. Una vez más volví a poner en práctica la política del avestruz.

La puerta se abrió. La mujer entró. Un hombre la escoltaba, pero se quedó en la puerta y aquello fue mi salvación. Al acercarse la señora Dravet me vio, y pude darme cuenta hasta qué punto aquella mujer era capaz de controlarse.

No se detuvo, cogió a la niña y salió de la habitación interponiéndose de la mejor manera que pudo entre la puerta y yo.

Me quedé solo en la pequeña habitación donde retozaban los patos Donald de contrachapado.

Solo con mi pájaro de terciopelo azul y amarillo que seguía balanceándose en su columpio.

11

EL DESCUBRIMIENTO

Cuando se fueron yo había perdido casi la noción del tiempo, lo mismo que aquella noche en la cabina del camión.

Por otra parte no estaba seguro de que se hubieran ido todos. Fue la señora Dravet la que me lo confirmó. Se puso a canturrear al otro lado de la puerta, lo que quería decirme, para no arriesgarse a atraer la atención de la niña.

Ya está, ya se han ido.
Voy con ella a la cocina,
Vaya al comedor,
En seguida voy a volverla a acostar.

De esa forma pude abandonar la habitación sin ser visto por Lucianne. Un instante más tarde su madre se reunía conmigo.

Tenía la mirada muy deprimida.

—¿Ha pasado usted tanto miedo como yo? —murmuré atrayéndola sobre mi pecho.

Se acurrucó contra mí en un arrebato de total abandono. Ella ya no podía más.

—Llamaron a la puerta y yo creí que usted lo había oído desde el sótano y se habría escondido.

—No he oído nada en absoluto. Ha faltado una fracción de segundos para que les cayera en las manos. ¿Qué querían?

—Proceder a algunas verificaciones. Han quitado los precintos y los han vuelto a poner. No sé qué habrán podido hacer en el salón; mientras que unos actuaban, los demás me han estado interrogando en el comedor.

—¿Sobre mí?

—Efectivamente, han aludido a usted. Pero sobre todo me han hablado de la amante de mi marido.

—¿Qué le han preguntado?

—Sobre usted, poca cosa; que cómo es que me conocía, acuérdese de la salida de la iglesia con todas aquellas gentes a las que usted abordó. Dije que ignoraba absolutamente todo sobre usted, y que si usted se había fijado en mí, no existía ninguna reciprocidad.

—Ha hecho bien. ¿Y en cuanto a la amante?

—Bueno me han tenido en ascuas. Querían saber si yo estaba al corriente de esta relación, así que ya ve.

—Confío en que salga todo bien.

Le di un beso furtivo en los cabellos.

—¿No han subido?

—No.

—Dios sea loado. Vamos a terminar. ¿Está usted segura de que no han dejado a nadie en el edificio?

—Yo les he acompañado hasta el portal y luego he cerrado dándole dos vueltas a la llave.

—Y a la pequeña, ¿la han interrogado?

—No, en absoluto. Uno de los inspectores me pidió permiso para darle una chocolatina envuelta en un papel dorado que llevaba en el bolsillo.

—Perfecto. Subamos.

Me parecía que en adelante se trataría en cierto modo de mi propio crimen. Lo había aceptado y adoptado.

Sólo faltaba poner las fundas al canapé del segundo y barrer cuidadosamente. Yo me encargué de esta ingrata tarea, mientras que la señora Dravet corría las pesadas cortinas de la ventana. Las había forrado de blanco, y puestas de este lado, contribuían a darle a la habitación un aspecto neutro y vacío.

—¿Dónde está la funda del sofá?

—Debajo de los cojines.

Evidentemente aquella mujer no había dejado nada al azar. Levanté los cojines con un gesto brusco. Efectivamente allí estaba la funda, doblada cuidadosamente a lo largo. Pero al cogerla noté que se caía alguna cosa: una cartera de plástico de esas de anuncio con un lado transparente, de las que sirven para poner una tarjeta de identidad. Contenía una carta gris correspondiente a un vehículo de motor, obligatoria para la puesta en circulación de una camioneta Citroen, matriculada en el distrito del Sena. Aquel resguardo estaba extendido a nombre de M. Paul Ferrie residente en París.

Observé el documento con preocupación.

—¿Qué es eso? —me preguntó la señora Dravet.

Le entregué la cartera de cocodrilo sintético.

—Ese idiota ha perdido la documentación del vehículo cuando se arrellanó en el sofá durante su primera estancia aquí.

Ella no se movía y miraba la documentación detenidamente, como si aquello le planteara un problema difícil de resolver.

—Parece que está usted preocupada —murmuré incómodo.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—Pienso que Ferrie se dará cuenta de la desaparición de este documento, que le es necesario, y que se preguntará dónde la ha podido perder.

—¿Y entonces?

Tardó en contestar. Era una muchacha aplicada que pensaba profundamente.

—Entonces nada. Seguramente vendrá a buscarla aquí.

—Es probable. Pero eso no representa ningún peligro. Ahora escuche…

Cogí la funda y la desplegué sobre el sofá. Remetí los bordes por debajo de los cojines, luego la doblé por el respaldo. Con la rodilla empujé el mueble hasta el fondo de la habitación. Ahora aquello parecía un apartamento en vías de acondicionamiento. No tenía nada en común con el salón de abajo, únicamente la forma y el color de las paredes.

La señora Dravet retrocedió hasta el vestíbulo.

—Usted que lo ve desde fuera, ¿cree que Ferrie podrá sospechar algo, si vuelve por aquí?

Cerré los ojos por un momento, para limpiar mi retina de otras

imágenes, después volví a abrirlos al nuevo decorado.

—No, es completamente imposible. El mimetismo no se originaba por la forma del salón, sino por el abeto, el bar, el tocadiscos. Creo sinceramente, señora Dravet, que ha cometido usted el crimen perfecto. Aunque la policía descubra que no se trata de un suicidio sino de un asesinato, no podría probar que usted lo ha cometido.

Seguía teniendo la cartera de plástico en la mano y se abanicaba la mejilla con ella.

—¿Qué vamos a hacer con esto?

—Démela, la tiraré cerca de la iglesia.

—¿Lo cree conveniente?

—Claro, es la clase de objeto que siempre se lleva a la Comisaría, tanto si se es honrado como si no. Alguien se apresurará a dárselas de honrado restituyendo la documentación.

Me la metí en el bolsillo. Ahora tenía que hacer dos cosas muy difíciles: dejar a la señora Dravet y salir de su casa arriesgándome a que me viera el policía que la vigilaba eventualmente.

—¿No hay otras salidas para salir del taller?

—Por la calle, hay una puerta que da al despacho.

—¿Cree que la policía conoce esa salida?

Se encogió de hombros.

—Si la policía está vigilando el edificio desgraciadamente estará al corriente de todas las salidas.

Yo estaba perplejo. Si los polis tenían un «escondite» mi salida podía echar todo por tierra.

Por otra parte no podía quedarme eternamente en los talleres Dravet.

—Hay una tercera salida —dijo mi acompañante después de reflexionar durante un buen rato.

—¿Cuál?

—Una especie de trampa por la que se echan rodando las bobinas de papel. Claro, esa es la solución. Es imposible que los inspectores la conozcan, está situada en un amplio callejón en donde los camiones se alinean sin estorbar la circulación. Venga…

Miré por última vez a mi alrededor. Hay personas que cuando se

despiertan echan de menos el sueño que han tenido, aunque se trate de una pesadilla. Yo pertenecía a esa clase.

Esta vez utilizamos la escalera para bajar. Al pasar por el descansillo del primer piso me detuve un momento como para despedirme de la pequeña que dormía.

Fuimos a los talleres que estaban bien iluminados, con el suelo cubierto de recortes de papel. Se notaba que allí se trabajaba bien y, olvidando el cansancio, sentí un gran deseo de ponerme a trabajar. A partir del día siguiente buscaría un empleo.

—Mire, es por aquí.

Había un enorme cerrojo que cerraba la trampilla.

Esta estaba situada en lo alto de una rampa de cemento. Estaba compuesta por dos hojas de hierro. Empujé una de ellas. El espacio abierto de aquella forma bastaba para permitirme el paso ampliamente.

—Bueno; ¡ya está! —murmuró tomándome del brazo—, esto es la separación. No creo que la palabra «gracias» sea la más adecuada en nuestro caso.

—Ninguna palabra es adecuada. Lo que ha sucedido hay que situarlo en otro mundo, regido por otras leyes.

Nos miramos con una especie de triste dulzura que nos consolaba y al mismo tiempo nos hacía daño.

—No sé si volveremos a vemos —dijo, entornando los ojos.

—Bien sabe que yo lo deseo con todo mi corazón.

—Creo que conviene dejar pasar un tiempo…

—Yo también lo creo. Usted ya sabe donde vivo y yo sé donde vive usted. No hay razón para que no volvamos a encontrarnos.

Salí del taller sin decir una palabra más, cerré la ventana de la trampilla.

Al cerrarse hizo un ruido fuerte y vibrante. Oí como se cerraba el grueso cerrojo y ante la inmensa tristeza que se abatió sobre mí, comprendí que estaba solo de nuevo.

12

LOS IMPONDERABLES

No había nadie en la desembocadura del callejón. Nuestros temores habían sido en vano y nuestras precauciones superfluas. La policía aceptaba el suicidio.

Aquella mañana de Navidad resultaba siniestra; era gris y corría una brisa que hacía presagiar la nieve. El barrio parecía estar muerto, y las pocas personas que pasaban por la calle, andando de prisa, pegadas a las paredes como para protegerse del frío, tenían el rostro aún más gris que el tiempo.

Ya no podía más. Sólo pensaba en dormir en un lecho tibio después de darme una ducha. Aquel turbio trabajo en el sótano de Dravet había acabado de chafarme y dejarme deshecho. Las lunas de los escaparates devolvían mi imagen y desde luego ésta no era nada optimista. Tenía el mismo aspecto ajado y deslucido de las banderas que cuelgan en las fachadas de los monumentos públicos.

Me volví varias veces, pero nadie me seguía. Recuerdo el vértigo que me produjo encontrarme ante una avenida completamente desierta, con los árboles talados de tal forma que parecían muñones.

Esta vez encontré mi casa menos triste. Había recobrado su aspecto alegre de otros tiempos, el mismo que tenía cuando yo volvía del colegio.

Busqué el tiesto del geranio que había sobre el alféizar de la ventana. Aún estaba el tiesto, pero sin geranio. La planta debió morir después que mamá por falta de cuidados.

Me lancé por la escalera de madera. El olor del agua de lejía y

de los viejos tapices ya no me chocó. Había entrado en «nuestra casa», en mi antigua vivienda rebosante de recuerdos. Los había para todos los estados de ánimo.

Me dirigí rápidamente al fregadero para lavarme, ya que era lo que me corría más prisa, pero al ver la boca del grifo comido por el verdín, me acordé de que no podía usar el agua. Sería mejor que me fuera a un hotel.

Pero, como si llegaba a un hotel a aquella hora y sin maleta, hubiera podido parecer sospechoso, puse una camisa limpia y un traje en una maleta. Mi madre había colocado mi ropa en bolsas de plástico con naftalina para que pudieran aguantar hasta mi regreso. Claro que ahora estaban pasadas de moda, pero me sentía dichoso de volver a encontrarlas.

Volví a salir con la vieja maleta gastada que tenía una cerradura que saltaba a cada paso. Anduve rápidamente pues me corría prisa encontrar una guarida. Iba a permitirme el lujo de alojarme en una habitación con cuarto de baño. Tomaría un baño caliente, después me acostaría desnudo en la cama y me sumergiría en un agradable olvido.

Fue cuando iba atravesando la plaza de la iglesia cuando me acordé de la documentación del coche de Ferrie que llevaba en el bolsillo. La saqué subrepticiamente y la dejé caer en la acera, al pie de un árbol. Cuando iba a continuar mi camino, una voz me vil llamó.

—¡Eh, señor! ¡Ha perdido usted algo!

El hombre que me llamaba era bastante corpulento. Llevaba un loden negro, un sombrero gris con el borde alabeado y apretaba entre los dientes una boquilla vacía.

Fingí sorpresa.

—¿Yo?

Llegó junto a mí, orgulloso de hacer un favor al prójimo. Suele creerse que la mayoría de los hombres son malos, pero es falso, el mundo está lleno de altruistas.

Recogió él mismo la cartera.

—La he visto caer de su bolsillo. ¿No es suya?

—¡Oh, sí!, se lo agradezco…

Le sonreí tendiéndole la mano para recuperar los documentos. Pero en lugar de devolvérmela, el hombre se la metió en el bolsillo

después de echarle un vistazo breve.

Yo no comprendía bien lo ilógico de su conducta.

Se volvió la solapa del loden. Una placa de policía brilló con un resplandor fulgurante.

—Sígame, Herbin.

Tenía que reaccionar, decir alguna cosa.

—No comprendo.

—Precisamente se lo vamos a explicar.

Levantó el brazo. Un coche se acercó. No sé de dónde salió. Sin duda venía siguiendo al policía a cierta distancia. Se trataba de un Fregate antiguo con las aletas rotas. Un hombre vestido con una cazadora y, tocado de un pequeño sombrero de fieltro verde, pilotaba el vehículo.

—¡Suba! —Me ordenó el poli del loden.

—Pero, ¿por qué? ¿Con qué derecho?

No se entretuvo en darme explicaciones. Simplemente me dio un empujón en la espalda y salí lanzado hacia adelante en el auto. Me golpeé contra mi pobre maleta y me encontré de rodillas en el suelo de caucho agujereado.

El del loden se sentó junto a mí, dejándose caer sobre el asiento emitiendo una exclamación de placer. El coche volvió a arrancar.

No hablaba nadie. Traté de ver las cosas claras. ¿Me habían seguido desde casa de Dravet? Estaba seguro de que no había sido así. Completamente seguro. Por el contrario ahora recordaba haber visto aquel enorme auto negro, aparcado delante de mi casa.

Sí, era en mi casa donde habían organizado la trampa. ¡Afortunadamente!

Debía comprender la razón de aquellas medidas policiacas si quería salir de aquel mal paso. No era complicado. Los inspectores habrían querido encontrar «al otro testigo», es decir, a mí. Y aquello había sido un juego de niños, ya que le había dado estúpidamente mi nombre a Ferrie cuando nos presentamos en el salón falso. Además sabía en qué calle vivía yo. ¿No le había hecho yo detenerse casi delante de nuestra casa?

Durante aquellas últimas horas los policías habrían llevado a cabo una pequeña encuesta. Sabían quién era yo y de dónde había salido.

Yo trataba de mantenerme tranquilo. Quería permanecer

optimista.

Iban a preguntarme dónde había pasado la noche, y sobre todo dónde había encontrado la documentación de Ferrie.

El coche se detuvo delante de una escalinata gris. Sobre la puerta pendía una bandera parecida a aquellas con que yo me había comparado antes.

—¡Adelante!

Había un pasillo dedicado a la administración que estaba lleno de agentes indiferentes que hablaban entre ellos de las Navidades que habían pasado y de sus hijos.

Un despacho, bancos de madera, carteles, reflectores verdes, olor a papel enmohecido, sudor…

—¡Siéntese!

A excepción del empujón de antes, «ellos» no me maltrataron. Continuaba esperando firmemente. El peligro, una vez que se ha presentado, asusta menos.

Veamos. Había pasado la noche en los bares del barrio. La mayoría estaban llenos de gente. Eso explicaba por qué no se habían fijado en mí. En cuanto a esa dichosa documentación…

Bueno, la documentación la había encontrado en el coche de Ferrie. Creía que aquella cartera se me había caído del bolsillo y no había descubierto mi error hasta después.

Me bastaría con mantener obstinadamente aquellas afirmaciones.

No podían hacerme nada.

Me lo repetía constantemente, como para convencerme. Si conseguía convencerme firmemente yo mismo, conseguiría salir de aquel mal paso.

Pensaba en la señora Dravet. Sentía no haberle preguntado su nombre, me hubiera resultado más cómodo pensar en ella. Nunca había conocido un ser más sorprendente y sin embargo sabía que era débil y malvada. Éramos de la misma raza, ella y yo.

El Inspector del Loden estaba contando los juguetes que habían tenido sus hijos de regalo a un colega que enrollaba un cigarrillo roto en otro papel con el borde engomado. Para ellos seguía siendo el día de Navidad, a pesar del caso que tenían entre manos. En su

casa tendrían un árbol, golosinas, luces, alegría, gritos de niños y llevaban un poco de todo eso a aquellos siniestros locales.

—¡Herbin!

El otro inspector, el que llevaba la cazadora, me hizo señas para que entrara en un despacho.

Un hombre de unos cincuenta años, aquejado de una cómica calvicie que le hacía parecer como si tuviera el cráneo de cartón, estaba sentado detrás de un gran despacho cargado de papelotes. Tenía una enorme nariz redonda que apoyaba sobre una mata de bigote negro.

Me señaló una silla para que me sentara tapizada de cuero arrugado y arañado.

—¿Albert Herbin?

Consultó un papel lleno de pequeñas anotaciones a lápiz y habló sin mirarme.

—Sí, señor.

—¿Fue liberado antes de ayer por la mañana de la prisión de Baumettes?

Le corregí espontáneamente.

—No, ayer por la mañana.

Y después me puse a calcular. Tenía la noción del tiempo algo alterada debido a las dos noches consecutivas que había pasado en blanco.

—Perdone, tiene usted razón. Fue antes de ayer.

—¿Cómo vino desde Marsella?

—Por la noche, en el tren.

Me encogí de hombros. Ahora tenía la mirada fija en mí. Sus ojos eran serenos pero en el fondo brillaba un resplandor peligroso.

—Volví a casa de mi madre. Y después me dediqué a disfrutar de la libertad recuperada.

—¿De qué forma?

—De la única que sé: vagando por las calles, entrando en los bares, mirando los coches que han salido durante mi encierro. En seis años el mundo cambia, ¿sabe? Es difícil ponerse al día.

—¿Fue usted a la Misa del Gallo?

Ya nos estábamos acercando. El no tenía muchas ganas de andar con subterfugios.

—Efectivamente.

—Durante la ceremonia una señora se puso enferma…

—Sí, la señora…

Hice ademán de cavilar.

—Drevet o Dravet. ¿No es así?

—Sí.

Levantó la voz para lanzarme ese sí. Un sí provocativo.

—¿Usted dijo a las personas que estaban en la iglesia que la conocía?

—En absoluto, dije que sabía dónde vivía, que no es lo mismo.

—Y ¿cómo sabía usted su dirección?

—Muy fácilmente. Paseando por el barrio la vi salir de su casa con la pequeña. Hacía seis años que no veía mujeres ni niños. Y éstas son bonitas. Me fijé en ellas. Y luego en la iglesia las he reconocido. Eso es todo.

—¿No será que las siguió hasta la iglesia?

—No.

—Al parecer en la penitenciaría no asistía a los oficios religiosos.

—Bueno, ¿y qué?

—Que una vez en libertad, ¿no tenía otra cosa que hacer más urgente que ir a la iglesia?

—Para la mayoría de la gente la Misa del Gallo es un espectáculo. Y además esta iglesia es «mi» iglesia. Fui allí a VII encontrarme con mi infancia.

Cerró los ojos. El lo comprendía muy bien y yo le notaba un poco derrotado, a causa de este ambiente de Navidad que transformaba un poco a la gente y a las cosas.

—Está bien y ¿después?

—Acompañé a esa señora y a su hija con un señor muy amable que estaba allí.

—¿Y después?

Un ruido débil sonó a mis espaldas. Me volví. El tipo de la cazadora tomaba notas en una hoja de papel grande.

—Hemos acompañado a la señora, hum…

—¡Dravet!

No se dejó engañar y se dio cuenta de que mi duda era fingida.

—A la señora Dravet hasta su casa. Tomamos una copa en su salón mientras ella acostaba a la niña. Cuando volvió, se dio cuenta de que se había dejado el bolso en la iglesia. Entonces volvimos a

salir y le pedí al conductor del coche que me dejara cerca de mi casa.

Cogió la cartera de plástico y me la enseñó.

—¿Y esto?

—¡Ah, sí! Al salir de casa de la señora Dravet dejé caer mi llave en el coche. La recogí y cogí esto al mismo tiempo. Creí que era mía y…

Estaba siguiendo un camino falso. Podía notar en los ojos de mi interlocutor un destello que me hizo detenerme.

¡No me creía! ¡No es que tuviera la impresión de que estaba mintiendo, *sino la prueba de que mentía*!

—¿Pretende hacerme creer que recogió esta documentación en el suelo del coche del señor Ferrie?

—Sí.

—¿Lo ha pensado bien?

—Sí.

Se produjo una violenta relajación en toda su corpulenta persona. Se recostó en el asiento y se me quedó mirando, sonriendo de una forma insultante.

—Miente, Herbin.

—No.

Su gruesa mano cayó sobre el cuero del buró.

—¡Sí! y se lo voy a demostrar.

Volviéndose hacia el inspector de la cazadora le ordenó.

—Haga entrar a Ferrie.

El hombre del abrigo de cuero entró en el despacho. Seguía llevando el abrigo puesto y avanzaba haciendo respetuosas reverencias.

—Oh, buenos días señor Herbin. ¡Qué aventura!, ¿eh?

Me quedé inmóvil, y él miró al comisario extrañado. Este blandía en su mano la documentación.

—¡Ah, la ha recuperado usted! —exclamó Ferrie—. Como verá tenía razón.

—Un momento, señor Ferrie —interrumpió el otro—. ¿Quiere decirle al señor Herbin dónde estaba su documentación?

Ferrie parecía molesto.

—Oh sí, no es difícil. Esa noche, mientras estábamos en casa de la señora Dravet, escondí la documentación debajo del cojín del sofá, disimuladamente… Somos hombres, ¿verdad Herbin? ¿Sabe lo que eso quiere decir? Yo me dije que eso me daría un pretexto para volver por la noche, más tarde. Aquella mujercita estaba sola en su casa. Eso podía ser una oportunidad, ¿no? Para un tipo ocasionalmente solo… Como estaba usted allí no me atreví a hacerme el conquistador. Si hubiera imaginado que ella misma iba a pedir que volviéramos a salir y luego a quedarse conmigo, evidentemente yo… Y sobre todo si se me hubiera pasado por la cabeza que a la vuelta…

Tuve el valor de sonreír. Pero notaba que me estaba quedando helado.

—Al encontrar a su marido muerto, ya no volví a acordarme de esta p… documentación. Fue después, de regreso a casa, al ver mi camioneta en el garaje, cuando me he acordado. Entonces he venido a explicarles el asunto a estos señores…

El comisario chasqueó los dedos.

—Gracias, señor Ferrie, puede llevársela.

Extrañado, Ferrie se quedó un momento con la boca abierta. Después hizo un gesto afirmativo y volvió a salir andando hacia atrás.

El comisario juntó las manos sobre el borde de la mesa de despacho.

—Veamos, Herbin.

—¡Soy inocente! —grité con todas mis fuerzas.

—No es usted valiente. Ni siquiera ha sabido mostrarse sorprendido cuando Ferrie ha hablado del marido muerto.

Debí poner una expresión cómica, ya que él se echó a reír. Yo ya no podía más. Aquella risa acabó de hundirme.

—¿Ha escrito todo, Blanche?

—Sí, señor comisario.

El hombre calvo se inclinó hacia delante. Su vientre se aplastó contra su vieja carpeta de cuero. Su rostro quedaba a unos centímetros del mío. Sentí náuseas, ya que su aliento olía a café con leche.

—Escuche bien, Herbin. Cuando salieron de casa de la señora Dravet, los tres, la documentación estaba debajo de los cojines del

diván. Cuando Ferrie y la señora Dravet volvieron descubrieron un cadáver, el del señor Dravet, y no tocaron nada.

»Después de la declaración de Ferrie esta madrugada, mis hombres volvieron allí para registrar el sofá. La documentación ya no estaba. Conclusión: usted se introdujo en el apartamento de la señora Dravet durante su ausencia. Sabía que no había nadie, nada más que la niña. Era la ocasión ideal para un hombre sin recursos que acaba de salir de la cárcel.

»Pero Jerome Dravet volvió mientras usted exploraba su apartamento. Le amenazó con el revólver. Usted le desarmó y le disparó una bala a bocajarro.»

En el transcurso de la lucha los cojines del diván se cayeron y fue al volver a ponerlos en su sitio cuando usted encontró la documentación de Ferrie. ¿Por qué la cogió? Fue un reflejo estúpido. Estúpido y peligroso, puesto que nos permite confundirle.

El hablaba y hablaba seguro de sí mismo y de lo que decía.

Yo ya no le escuchaba. Había regresado con el pensamiento a aquel extraño laberinto. *Ahora sólo había un salón en casa de los Dravet. Yo mismo había destruido las pruebas del otro*.

Podía intentar decir la verdad, pero no tuve ganas. Esta verdad, ¿cómo iban a admitirla? Las pesadillas son cosas personales que parecen ridículas cuando uno trata de contárselas a los demás. Hay que vivirlas. Solamente vivirlas.

Pensé en el pájaro azul que se columpiaba sobre la cama-cuna de la pequeña. Yo había salido de la cárcel para comprar una jaula plateada. ¡Un símbolo! Me iban a volver a meter preso. A menos que la señora Dravet cuando se enterara de que me habían arrestado…

—Dígame, señor comisario…

Debí pillarle en plena peroración. Estaba completamente congestionado y asombrado al darse cuenta, de repente, de que ni siquiera le había escuchado.

—¿Qué?

—Por favor, ¿cómo se llama la señora Dravet, de nombre?

Me miró. Miró al inspector y después un papel que había extendido ante su vista.

—¡Marta! —me lanzó con una voz.

—Gracias.

En lo sucesivo sólo me quedaba callarme.
Era Marta quien decidiría.

Notas

[1] Despacho de carbón que suele tener un pequeño mostrador de bebidas. En general, está regido por naturales de la región de Auvergne. *(N. del T.)* < <